

ESTUDIOS HISTORICOS.

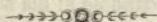


(Carlos V emperador de Alemania y rey de España. (1))

PORMENORES SOBRE LA BATALLA DE PAVIA

Y PRISION

DEL REY DE FRANCIA FRANCISCO I.



El siglo XVI, aquel siglo que atravesaron gobernando en España y en una considerable parte de Europa dos solos soberanos, padre é hijo, el emperador Carlos V y Felipe II, fué fecundísimo en acontecimientos extraordinarios, y en guerras sangrientas; y pareció destinado á humillar á la Francia, que celosa del engrandecimiento de los monarcas de España, hacia esfuerzos heroicos por abatir ó amenguar su poder, pero que se estrellaron contra el valor del padre, y contra la fría meditacion y prudencia del hijo. Uno de estos grandes acontecimientos, una de las grandes humillaciones que sufrió la Francia, fué la memorable batalla de Pavia. Jamás habia sido la suerte tan contraria á los herederos de Clodoveo, jamás habian

estado las lises de la Francia tan próximas á ser hechas trizas entre el pico del aguila del imperio y las garras del indomable leon de España; nunca las armas españolas habian conseguido mas frondosos laureles, ni habian alcanzado mas señalada victoria.

Justo es pues que recordemos con orgullo las glorias de nuestra patria; preciso es reproducir lo que hemos sido, para que no perdamos absolutamente la esperanza de lo que podremos ser; tal vez algun día nos sintamos inflamados por el deseo de reconquistar el prez y gloria de nuestros mayores; y el deseo de despertar este noble sentimiento nos mueve á ocuparnos de un hecho que ningun español ignora en globo, pero cuyos detalles serán tal vez ignorados de muchos. Fué tanto el valor, tanta la caballería y nobleza, tantos los hechos dignos de memoria que se vieron en aquella memorable jornada, que tal vez nos hubiéramos perdido embriagados de entusiasmo, sino hubiésemos tomado un guia tan entendido como el ilustrísimo don Prudencio Sandoval á quien seguimos en la narracion de esta batalla, sin que por esto hayamos dejado de consultar y ver otros autores de quienes hemos tomado algunas noticias, y aunque temerosos de parecer prolijos tomaremos la narracion desde su origen.

(1) Este grabado es copia del retrato original que existe en el Museo de Madrid.

25 de mayo de 1846.

TOMO IV. 43

Hacia tiempo que nuestras posesiones de Italia eran la manzana de la discordia entre los monarcas cristianísimo y católico, y á fines del año 1521, el rey de Francia Francisco I que era joven y emprendedor, sentido de las victorias que las armas del emperador habían conseguido en Italia, deseoso de recuperar el estado de Milan, de tomar venganza del duque de Borbon, y de aminorar la grandeza de Carlos V comenzó á hacer grandes preparativos de guerra, decidiéndose á ir personalmente á ella, para que dirigida por sí mismo, y con su ejemplo y valor tuviese un resultado ventajoso. Al efecto nombró por gobernadora del reino durante su ausencia á su madre madama Luisa, tomó todas las disposiciones necesarias, y al frente de un ejército escogido, compuesto de 6,000 suizos, 6,000 alemanes, 10,000 franceses é italianos, 2,000 hombres de armas, y otros tantos archeros con la artillería, que era mucha y muy buena, y los bagages correspondientes, se encaminó hacia los Alpes por los confines de Saboya.

No se ocultó este movimiento al virey de Nápoles Carlos de Lanoy, que sin pérdida de tiempo comenzó á reunir la mas gente de infantería y caballería que pudo; envió á Antonio de Leiva con su compañía para que al momento marchase sobre el castillo de Novara y lo demoliere, retirándose en seguida á Pavia para fortificarla, y prepararse á la defensa. Escribió al duque de Milan Esforcia, que con motivo de una peste horrorosa se había ausentado de Milan y situándose en Pisleon, que volviese á ocupar dicha plaza, sobre la cual no dudaba se dirigiría el rey de Francia. Leiva obedeció al momento las órdenes del virey, pero el duque Esforcia temeroso de la peste, y conociendo la superioridad de las fuerzas francesas, no quiso encerrarse en la ciudad, y continuó donde estaba.

El virey se dirigió sin pérdida de tiempo á Pavia á donde llegó en la noche del jueves 20 de octubre, y allí se le reunieron al amanecer del día siguiente el duque de Borbon y el marqués de Pescara con las pocas tropas que habían podido juntar. Allí recibieron aviso de que el duque de Milan con su gran chanciller Moron se habían retirado á Piageto, encargando á los milaneses que se arriesgasen con el rey de Francia del mejor modo posible, porque ellos no podían defender la ciudad, y en su consecuencia el virey y Pescara le ordenaron viniese á Pavia para unirse al ejército imperial, y socorrer la capital de su ducado con todas las fuerzas reunidas.

Apesar de esta orden, las cosas urgían de tal modo que les fué imposible esperarlo. Supieron que la vanguardia del rey de Francia había comenzado á pasar el río Tesin, y calcularon, que si á los soldados de Pescara que habían llegado muy hambrientos, descalzados y cansados, se les permitía entrar en la ciudad, como querían, no sería fácil hacerlos salir tan pronto. Por esta causa mandaron que nadie entrase en Pavia, y dejando para su defensa á Antonio de Leiva con 5,000 alemanes, 1,000 españoles y 200 hombres de armas, en la noche del 22, levantaron el campo que fué á situarse á la Charcla y Biñasco hacia la mitad del camino de Milan, y á pesar de las precauciones tomadas, los foragidos milaneses atacaron la retaguardia y mataron y prendieron muchos de los rezagados por enfermedad ó cansancio. El duque Esforcia llegó á Pavia despues de la salida del ejército imperial, y aun que quiso seguirle le fué imposible, porque ya el camino estaba interceptado por el ejército francés, por lo cual le fué forzoso tomar un largo rodeo para dirigirse á Cremona. Esta casualidad, ignorada por entonces de los imperiales, les hizo sospechar de la lealtad de Esforcia, y se confirmaron mas, cuando al llegar á Milan en la noche siguiente, vieron que estaba abandonada y en malísimo estado de defensa.

Casi al mismo tiempo que los imperiales, llegaba á Milan parte del ejército francés, que comenzó á introducirse y alojarse en los arrabales; pero era tanto el cansancio de

los unos y los otros, que se contentaron con dar algunos vivas á sus respectivas naciones, sin otra demostración hostil. Viendo Pescara el mal estado de la ciudad, que se hallaba casi despoblada, pues se calculaba habían muerto de la peste mas de 110,000 personas, y el corto número de sus tropas comparadas con el poderoso ejército enemigo, determinó abandonarla, y retirarse á Lodi para ganar tiempo. Al amanecer del día siguiente 24 dió la señal para marchar, y lo mismo fué notarlo los franceses comenzaron á internarse en la ciudad para perseguir y molestar á los que marchaban, pero Pescara con doscientos infantes españoles se situó en la puerta llamada del Tesino, y logró contener á los enemigos, hasta que avisado de la salida del ejército se retiró y unió á el sin perder ni un solo hombre.

Continuaron su marcha sin mas incidente que haber perdido algunos soldados que fueron hechos prisioneros por los condes foragidos, y fueron á Mariñan donde descansaron hasta la media noche, á cuya hora volvieron á continuar su marcha hasta llegar á Lodi. Tampoco esta ciudad les ofrecía segura defensa si el ejército enemigo los atacaba, por lo tanto mandaron pasar al otro lado del río Ada toda la gente de armas, los caballos ligeros, y la mayor parte de la infantería, cuyas fuerzas se situaron en un punto llamado la Xarada con el objeto de impedir á los enemigos el paso del río. Pescara sin embargo, aun que estaba convencido de que tendría que abandonarle luego que se aproximasen los franceses, permaneció en Lodi, con algunas fuerzas; mas viendo que los enemigos le daban tiempo, comenzó á fortificarla, y lo logró hasta tal punto, que ya no dudó el esperarlos allí, introdujo víveres y municiones, hizo repasar el río á cinco banderas de españoles, y se resolvió á una tenaz resistencia.

Francisco I no quiso perseguir al ejército imperial, sino que tuvo por mas conveniente atacar á Pavia, antes que Antonio de Leiva pudiese fortificarla bastante para resistir el asalto de un ejército tan numeroso y decidido como el suyo. Pero no halló desprevenido á este entendido y valiente capitán que ya había tomado todas las medidas para sufrir un largo sitio; se habían construido por su orden muchos molinos de mano, por si tomadas ambas riberas del Tesin lograban cortarle el agua: tomó nota exactísima del trigo, víveres, y todo género de provisiones que había en la ciudad; repartió los soldados para que los vecinos los mantuviesen, y por fin reforzó y puso en buen estado los puntos mas flacos por donde podría ser atacado. Los enemigos sin embargo siguieron su intento, y el 28 de octubre quedó el sitio completamente establecido, las tropas se situaron al rededor de la ciudad, particularmente á la parte que mira á Milan, y el real se colocó en un gran parque cercado de pared, que les servía de muralla.

Ocho dias se emplearon en hacer las trincheras, baterías y fosos, y el seis de noviembre comenzó á batir la ciudad con toda furia, dándole al día siguiente un asalto por el puente del Tesin pero sin mas efecto que destruir los molinos que en él había. Antonio de Leiva conociendo lo perjudicial que le era aquel puente, mandó cortarlo al momento que cesó el ataque, con lo que quedó mas asegurada aquella parte de la ciudad. Los ataques sucesivos que se dieron en los dias siete, ocho y nueve, no fueron menos desgraciados para los franceses, pues en el primero perecieron un crecido número de italianos, y en los dos dias siguientes mas de dos mil franceses quedaron tendidos en la brecha.

Viendo lo difícil que era tomar por asalto una ciudad fuerte, defendida por un capitán tan activo y valiente, dispuso el rey de Francia rendirla por la falta de agua y víveres y lo primero que intentó fué mudar el cauce del río Tesin para que no entrase en Pavia, y al efecto se había comenzado á construir una fuerte y bien entendida empalizada, que indudablemente hubiera dado muy pronto el

resultado que se quería, si las abundantes y fuertes lluvias que sobrevinieron no hubieran destruido en un instante los trabajos de muchos días. Fué preciso fiar la rendición á la constancia y al tiempo; y no tardo en presentarse á Antonio de Leiva una de las grandes dificultades, que fué carecer absolutamente de dinero para pagar á los soldados, pero fecundo en recursos reunió toda la plata tanto de los templos como de los demás parages donde la había, y acuñó una nueva moneda con esta inscripción: *Cæsariani milites Paviæ obresi 1524*: que traducida al castellano dice así: *Los soldados del Cesar cercados en Pavia, año 1524*, con lo cual pudo pagar algun tiempo sus tropas.

Mientras los franceses apretaban con tanto ánimo á Pavia, los imperiales discurrían en Lodi, que partido podrian tomar en situacion tan triste y apurada. No podían socorrer á los sitiados porque eran muy pocos para contrarrestar á los sitiadores; no debían contar con auxilio alguno, porque el emperador estaba muy ocupado en España, donde aun no se había pacificado completamente la conmoción de las comunidades; los venecianos se habían negado á dar el socorro convenido con el emperador, el papa Clemente sesospechaba confundamente que estaba de parte del rey de Francia; y los de Florencia y otras repúblicas, ó abiertamente faltaban á lo prometido ó afectaban una neutralidad funestísima á los imperiales. Estos viéndose en trance tan desesperado, al mismo tiempo que dieron aviso á Carlos determinaron, que el duque de Borbon partiese para Alemania, y reuniese las tropas que le fuese posible; que el marqués de Pescara y el del Vasto con tres mil infantes, trescientos hombres de armas, y trescientos caballos ligeros quedasen en Lodi para defender el paso del Ada, y que el virey de Nápoles Lanoy con el resto del ejército estuviese á la expectativa, en Lonsino. En Italia se tenía por tan segura la pérdida completa del ejército del emperador, que en Roma fijaron en la estatua de Paschino un escrito que decía: *quien quiera que supiere del campo del emperador, el cual se perdió entre las montañas de la ribera de Génova pocos días ha, véngalo manifestando, y dalle han buen hallazgo; y donde no sepa que se lo pedirán por hurto y que se sacarán cédulas de escomunión sobre ello*.

En extremo desagradable era para los imperiales tan picante sarcasmo, y Pescara que á todo el valor y osadía de un caballero, unía el ardor de los pocos años, deseaba encontrar una ocasion, en que manifestase que el ejército imperial ni estaba perdido, ni tan abatido como se creía. La llegada al campo de Juan Mateo Datarío enviada por el Sumo Pontífice bajo el pretexto de ofrecer socorro á los imperiales, pero en la realidad para informarse del estado en que se hallaban, puso espuelas á su valor, y quiso que el legado llevase algo que contar del valor de los españoles. Era uno de los últimos días de noviembre y una nevada espantosa cubria todo el terreno; cuando Pescara escogiendo dos mil infantes, y algunos caballos españoles les indicó que le siguiesen, y marchó por una puerta escusada que tenía una pequeña puente levadiza. Los soldados, á quienes entusiasmaba el valor y travesura de su gefe, se precipitaban empujándose unos á otros por seguirle los primeros, pero el marqués les dijo: *No os mateis, salid paso á paso, hijos y hermanos míos, que para todos hay en el despojo; porque quiero que sepais, que tenemos tres reyes en Italia que despojar, el de Francia, el de Navarraz el de Escocia*. En aquella noche tan cruda, capaz de arredrar al hombre mas fuerte, y en medio de una oscuridad espantosa comenzó á caminar en la dirección de Melza, villa de unos mil vecinos, distante como unas cinco leguas de Lodi, en la que el conde Tribuleis tenía su cuartel y almacenes de víveres, y desde donde con 200 lanzas y algunos archeros y caballos ligeros hacia frecuentes correrías incomodando á los imperiales. El frío era tan intenso, y el camino tan malo, que á las dos

horas los soldados estaban ya todos descalzos y medio enervados; particularmente acobardaron en extremo al tener que vadear un río, cuyas aguas venían tan frías que parecían cortarles las piernas á los que intentaron pasarlo; y es seguro que desde allí se hubieran vuelto, si viendo Pescara que se detenían, no hubiese pasado delante, y mandando poner en el río una hilera de caballos para cortar la corriente, el primero se metió en el agua que le pasaba de la cintura diciéndoles: *ea, señores, todos haced como yo, y á breves instantes se hallaba en la orilla opuesta*. Con tan poderoso ejemplo nadie se detuvo, y dos horas antes de amanecer se hallaban sobre la villa.

La oscuridad de la noche, y la blancura de la nieve, con la que se confundían los grupos de soldados que llevaban sobre las armas y vestidos sendas camisas blancas, les permitieron acercarse sin ser vistos hasta colocarse debajo de los muros, y tanto, que oían distintamente hablar á dos de los centinelas, de los cuales el uno decía que le parecía ver mover por allí cerca una cosa blanca, y el otro le aseguraba ser los árboles cubiertos de nieve, y agitados por el viento. El marqués comenzó al momento á disponer lo conveniente para el asalto, y oyendo tocar dentro una trompeta que hacia la señal de cabalgar, les dijo: *pues estos caballeros quieren cabalgar, razón es que nosotros como infantes les vamos á calzar las espuelas*, y el primero se dirigió al foso seguido á competencia por sus valientes infantes, que aunque en uno de los fosos les llegaba el agua á los pechos, no acobardaron, y en un momento sirviéndoles de escalas las pieas, y apoyándose unos á otros ganaron lo alto del muro. Los centinelas escaparon difundiendo la voz de alarma en toda la villa, y los foragidos estaban ya formados en escuadron en medio de la plaza, cuando los españoles que habían asaltado la muralla se dirigían en dos pelotones, el uno á abrir un postigo de la villa para que entrasen sus compañeros y el otro á atacar á los de la plaza. El conde de Tribuleis puesto al frente de los suyos cargó con valor á estos últimos, pero su desgracia le condujo á encontrar con un alférez llamado Santillana, que justamente tenía en toda Italia fama de diestrisimo y valiente. Aunque algo embarazado este último porque en una mano llevaba una bandera y la espada en la otra, arremete al duque con tal ímpetu, que aunque trató de defenderse muy pronto se sintió gravemente herido, y tuvo que rendir á Santillana su espada.

A este tiempo los españoles estaban esparcidos por toda la villa persiguiendo á sus enemigos, que vencidos y acosados por todas partes trataron de fortificarse en la iglesia, pero inutilmente por que nada resistía á aquellos que muy pronto penetraron en ella, y todos los foragidos fueron muertos ó prisioneros. El marqués mandó recoger todo el despojo, y que los caballos de los vencidos se cargasen de víveres, y sin permitir descanso alguno dió la vuelta á Lodi á donde llegó al anoecer de aquel mismo día. Al momento que llegó dispuso que los prisioneros fuesen libres excepto el conde (que murió de las heridas), y un hermano suyo á quien dió tambien libertad á los pocos días.

Aturdido quedó el legado del Papa cuando oyó de boca del mismo Pescara la empresa que acababa de ejecutar, y el mismo lo comunicó á Roma donde á poco días apareció en Paschino otro escrito que decía: *los que por perdido tenían al campo imperial sepan que ya es parecido, el cual pareció encamisa un día muy helado en amaneciendo; con ir de esta manera se llevaba en las uñas doscientos hombres de armas y otros tantos infantes; ¿Qué harán cuando ya vestidos y armados salieren al campo?* En efecto este golpe fué de mucha consecuencia, y comenzó á poner en cuidado á los amigos de la Francia, que aunque sabían que el ejército del rey era mucho mayor en número, era muy inferior en el valor de los soldados, y en la experiencia y osadía de los gefes.

El legado pasó al campamento francés, y allí aparen-

taba querer terminar aquella guerra por la mediación del Papa, pero en realidad para estrechar mas la amistad con que estaban unidos al rey de Francia. Esto no tardó en conocerse por los efectos, pues á 17 de noviembre Francisco envió al duque de Alburia con dos mil alemanes y seiscientas lanzas, con órden de reunirse á los partidarios de Italia, y con ellos caer sobre el reino de Nápoles, y de este modo distraer la atención del campo imperial que se vería obligado á abandonar á Pavia, ó á ver caer en sus manos el hermoso reino de Nápoles. Los imperiales en efecto se movieron de sus alojamientos para salir á impedir esta jornada, pero avisados de que el rey de Francia intentaba cortarles la retirada, y temerosos de perder las buenas posiciones que ocupaban, se volvieron á ellas.

Entretanto Antonio de Leiva esperaba con ansia el socorro, porque su situación se iba apurando por momentos, pero resuelto á defender á Pavia ó sepultarse en sus ruinas daba diariamente pruebas de su infatigable valor y sufrimiento. Ya que no podía hacer levantar el campo enemigo, le molestaba con frecuentes salidas, que rara vez dejaban de ser funestas á sus contrarios. El 22 de diciembre les dió un rebato en que murieron muchos de los franceses; y al día siguiente 23, cayó de repente sobre las trincheras que defendían los italianos, las tomó á viva fuerza matándoles quinientos hombres, clavándoles algunas piezas de artillería y llevándose otras á la ciudad.

No le costaba menos trabajo y vigilancia mantener el órden y disciplina en Pavia, donde se habían agotado toda clase de víveres, teniéndose por gran regalo un poco de carne de asno ó caballo. Además la moneda que había acuñado y todos los demás recursos pecuniarios que su fidelidad y conocimientos le habían sugerido, estaban apurados y era imposible pagar á los tudescos, que como gente mercenaria comenzaba á manifestar su descontento, y á dar indicios de rebelarse; y aun su coronel se decía tener trato secreto con los franceses para franquearles la entrada en la plaza valiéndose para esto de dos hermanos naturales de Pavia. Como los tudescos componían la mayor parte de la fuerza, Antonio de Leiva conoció que era imposible contenerlos por rigor, y que estaba enteramente vendido, si muy pronto no encontraba medio de pagarles; por lo tanto dió secretamente aviso á Pescara del apuro y crítica situación en que se hallaba y lo fácil que sería encontrarse vendido cuando menos lo pensase, si al momento no le enviaba dinero. Esto rayaba en lo imposible por que los franceses habían tomado todas las precauciones imaginables para que la plaza no recibiese socorro de ningún género, y era casi seguro que la cantidad que se aventurase sería presa de los enemigos. Esto unido á la escasez de metálico que había también en el campo imperial, traían confuso y pensativo al valiente Pescara, á quien una casualidad vino á sacar de tan trascendental apuro.

En el momento en que pensaba á quien encargaría el introducir dinero en Pavia, se le presentó el capitán Rodrigo de Ripalda, suplicándole perdonase y permitiese volver al campo á su alférez Diego de Cisneros, que se había ausentado por haber muerto á puñaladas dentro de la iglesia de Lodi á un soldado con quien tenía antigua enemistad, y con quien sus amigos le habían querido reconciliar. *No se lo concederé* (contestó el marqués) *sino con una condición, que se aventure á meter dinero en Pavia.* Cisneros que era osado y valiente, avisado de la respuesta del general, no dudó un momento en aceptarla, y comenzó al momento á ponerla en ejecución. Combinó su plan con un soldado amigo suyo llamado Francisco Romero, y ambos partieron al campamento francés. Cisneros que hablaba perfectamente el francés é italiano, manifestó á los primeros centinelas enemigos su deseo de hablar al capitán Guevara, que aunque español, hacía tiempo se hallaba al servicio de Francia. Luego que con-

siguió hablarle le suplicó hiciese presente al rey de Francia, que imposibilitado de volver al campo imperial por la muerte que había hecho, se ofrecía á servirle en esta campaña con un criado suyo llamado Romero, soldado tan fiel como valiente, sin recibir ninguno de los dos sueldo ni recompensa alguna, hasta que sus acciones demostrasen á S. M. su valor y la sinceridad de su oferta. Francisco I informado por el capitán Guevara de la pretensión de Cisneros, no dudó en admitir á su servicio soldados tan valientes como desinteresados, y ellos se ofrecieron á presentarse al día siguiente á ocupar su puesto donde les señalasen.

Dado este primer paso, volvieron á presentarse á Pescara con el cual combinaron el plan siguiente. Se mandaron hacer cuatro jubones enteramente iguales en color, forro y hechuras, y dos de ellos en que iban cosidos tres mil escudos de oro se entregaron á dos labradores de la confianza del marqués, para que se los pusiesen debajo de sus camisas y garnachas de lienzo azul, según el uso de la tierra, y fuesen á establecer junto al campamento francés, y en el lugar designado por Cisneros una cantina, en la que habían de permanecer vendiendo víveres hasta que Cisneros y el otro soldado les pidiesen los jubones, y les mandasen retirar. Los labradores partieron al momento á cumplir su encargo, y los soldados puestos los otros dos jubones debajo de sus armas, se dirigieron al campo enemigo. Presentados al rey los recibió con agrado y afabilidad, y al capitán Guevara que los había presentado, le dió encargo de asistirlos bien; sin embargo receloso de que fuesen espías, mandó vigilarlos escrupulosamente, lo cual ellos conocieron al momento, pero disimulaban tan bien, mostraban tanto valor en las escaramuzas que frecuentemente tenían con los sitiados, y eran tan exactos en el cumplimiento de sus deberes, que el rey les ofreció buen partido, aunque lo rehusaron diciendo, que querían antes dar mas pruebas de la buena fé y deseos con que habían abrazado el partido de la Francia. Disminuyó algún tanto el recelo una peligrosa herida que Romero recibió en la cabeza en una de las escaramuzas, y que puso á Cisneros en mucho cuidado, pero no tanto que no tuviesen que usar de mil precauciones para hablarse, contentándose solo con pasar por cerca de la cantina de los aldeanos, para con su presencia alentarlos y animarlos á continuar en su empresa, pero sin atreverse á hablarlos por no escitar sospechas.

Ya hacía muchos días que estaban en el campo enemigo discuriendo el modo de llevar adelante su arriesgada empresa, sin que se les hubiese presentado ocasión ninguna con probabilidad de buen éxito, cuando el ingeniero que dirigía las minas que se hacían contra la plaza, y con quien Cisneros había formado relaciones amistosas, le llevó á que viese una mina que concluía muy cerca del muro, y cuya salida estaba cubierta de yerva y ramas. Este pareció á Cisneros un camino muy á propósito para escaparse á la ciudad, y aunque la entrada estaba constantemente defendida por cuatro centinelas, encargados de no permitir que nadie se acercase, esto era pequeño inconveniente para su audacia y valor. Otro cuidado le ocupaba mas, que era el cambiar de jubones con los aldeanos sin ser visto, y hallándose tan vigilados, era muy difícil y comprometido este paso. Mucho había discurrido Cisneros sobre este particular, sin que hubiese encontrado modo de hacerlo, cuando paseando una tarde con el capitán Guevara (que habiendo sospechado algo de ellos no se separaba un momento, de su lado) vió que junto á la tienda de sus aldeanos había un sastre, y como tocado de un rayo de luz dijo á su compañero: no fuera malo que este sastre nos hiciese unas buenas casacas para guarnecernos del frío. Romero dijo que le parecía excelente el pensamiento, y delante del mismo capitán Guevara se ajustaron y tomaron medida encargándole que estuviesen sin falta concluidas para el sábado en la noche. Apenas

llegó ésta, los dos amigos fueron á la tienda del sastre á recoger sus casacas, y al paso entraron velozmente en la tienda de los labradores, cambiaron los jubones y les dijeron: *mañana podeis marcharos, pero aguardad hasta el medio día; si antes de dicha hora oís tres tiros de artillería disparados consecutivamente desde el castillo de la ciudad, decid al marqués que su encargo está cumplido, y nosotros salvos en Pavia; pero si no se verifica esta señal, que rueguen á Dios por nuestras almas, pues indudablemente habremos muerto; y sin mas detencion volvieron á la tienda del capitán Guevara vestidas ya sus nuevas casacas. Allí cenaron y pasaron la noche como de costumbre, pero con el desasosiego y sobresalto consiguientes en momentos tan críticos y comprometidos. Apenas llegó la mañana, cogieron ambos sus alabardas y espadas, y favorecidos por una niebla espesa que se levantaba del río, y se extendía por todo el campamento, llegaron hasta la entrada de la mina. Los cuatro centinelas comenzaron á preguntas, y trataron de impedirles el paso, pero la contestación de estos dos valientes españoles fué derribar de dos alabardas á los primeros, y cerrando con los otros, no tardaron en franquearse el paso de la mina, por la cual se precipitaron hasta llegar á la muralla. Al llegar á ella su peligro creció de punto, porque á las voces de los centinelas todo el campo estaba en arma, y los tudescos que no los entendían los tenían por enemigos; y los hubieran muerto, si el capitán Pedro Arias y otros españoles, que acudieron al ruido no los hubieran salvado. Jamás ningún capitán victorioso obtuvo una ovación mas entusiasmada y sincera que la que los de Pavia tributaron á los intrépidos Cisneros y Romero. Levantados sobre los hombros de soldados y paisanos, y entre las aclamaciones de un pueblo inmenso que los seguía, fueron conducidos á la presencia de Antonio de Leiva, que despues de haberles dado gracias por su intrépidez, los honró como cumplía á soldados tan valientes y beneméritos. Al momento tres piezas de artillería disparadas desde el castillo anunciaron á los aldeanos el buen término de la empresa, y alegres partieron á participarlo al marqués de Pescara.*

Antonio de Leiva alegre por verse libre del grave apuro en que se habia encontrado, reunió á los tudescos, y les satisfizo sus pagas, con lo cual quedaron enteramente apaciguados; y para cortar de raíz la causa, al día siguiente convidó á comer al coronel de los dichos tudescos, el cual murió á las pocas horas de haber comido. La necesidad obligó á aquel valiente capitán á proceder de este modo con un traidor, á quien en otras circunstancias hubiera decapitado públicamente; pero no podia entonces librarse de él á las claras, y el dilatar el castigo podia comprometer la ciudad, que estaba encargado de defender.

II.

Mas de dos meses hacia que estaba sitiada la ciudad, y á pesar de que constantemente batían sus muros, y de que los franceses no ignoraban que dinero, víveres, y municiones todo estaba ya muy apurado entre los sitiados, estos sin embargo no alojaban un punto en su valerosa y obstinada resistencia. Viendo Francisco I que este sitio se prolongaba mas de lo que habia creído, y que su ejército padecía mucho por lo crudo de la estación, pues comenzaba ya el año 1525, reunió un consejo de guerra, en el cual pidió á sus generales parecer sobre el partido que debía de tomar. La mayor parte fueron de dictamen que abandonase aquel sitio, se retirase á una plaza fuerte, y esperase los refuerzos que debían venirle de Francia y de Suiza, para entonces sin efusión de sangre y sin peligro apoderarse de todo el ducado de Milan, y acabar con el ejército imperial, que indudablemente tendria que disolverse, por que carecia absolutamente de

medios para pagar á sus soldados, á los que entonces contenía con la esperanza de un rico despojo. Sin embargo Bonnivet fué de parecer contrario, esforzó su elocuencia para demostrar la vergüenza y mengua que resultaria á la Francia, si levantaba el sitio de Pavia, y desistía de una empresa que no podia tardar en concluirse felizmente, y como estas ideas estaban muy conformes con el orgullo del rey que habia repetido varias veces: *que ó entraria en Pavia ó pereceria al pie de sus muros; adoptó para su mal el dictamen de Bonnivet. En vano sus generales insistieron en manifestarle, lo conveniente que seria impedir que el socorro que el duque de Borbon traía á los imperiales se les uniese, Francisco I juzgó comprometido su honor en el sitio de Pavia, y no creyó que los imperiales se atreviesen nunca á socorrerla, estando él al frente de un ejército de mas de 50,000 hombres; por consecuencia el sitio continuó como hasta entonces, y de nuevo comenzaron á batir los muros con mas violencia y esfuerzo que nunca.*

Entretanto el rey de Francia comenzó como á chancarse con el marqués, de Pescara, á quien escribió ofreciéndole veinte mil escudos si dentro de veinte dias venia á buscarle, y que si no se atrevia á hacerlo por tener menos gente que él se convenia á que fuesen tantos á tantos. El marqués le contestó como cumplía á tan valiente y entendido caballero, aceptando la propuesta del rey, y ofreciendo irle á encontrar con 18,000 hombres dentro de diez dias, comenzados á contar desde aquel en que recibiese respuesta afirmativa de S. M. pero el rey de Francia no contestó, y estos tratos no tuvieron resultado alguno.

Comenzaban por estos dias á llegar algunos refuerzos al campamento imperial, tanto de Castilla enviados por el archiduque de Austria, como de Alemania mandados por el duque de Borbon que llegó á Lodi el 16 de enero al frente de 10,000 alemanes que habia levantado con favor del infante don Fernando. Los refuerzos compondrian entre todos como unos 12,000 hombres que unidos á las aguerridas tropas que habian estado en Lodi, componian ya un ejército formidable, aunque en número muy inferior al de los enemigos. Reunidos en consejo los gefes imperiales resolvieron marchar sobre Pavia, para ver si lograban hacer que los enemigos levantasen el sitio. Solo una cosa los detenía, la falta de dinero para pagar á los tudescos que no se mueven sin paga: pero Pescara recurrió á la generosidad y desprendimiento de los soldados españoles, les arengó con tan buen éxito, que todos se ofrecieron á dar una parte de lo que poseían. ¡Ejemplo grande de desinterés y patriotismo que honrará siempre á los españoles! Los capitanes procedieron al momento á realizar la oferta en sus respectivas compañías, y se reunió una cantidad bastante para dar un escudo á cada uno de los tudescos, y hacer los preparativos indispensables para la marcha.

En medio de las aclamaciones de los soldados y del sonido de los instrumentos de guerra salió el ejército imperial de Lodi á los 24 de enero, distribuido en la forma siguiente. Mandaba la vanguardia, compuesta de quinientos caballos ligeros, don Fernando de Castriot, marqués de Civita de Sant-Angel. En el centro iban el virey de Nápoles, el duque de Borbon, y Hernando de Alarcón con doscientas lanzas, y el marqués de Pescara, general de infantería con su teniente el marqués del Vasto al frente de seis mil españoles, y dos mil italianos al mando de los capitanes Papapoda y César. El tren de artillería era sumamente corto, pues solo consistía en quatro piezas de bronce, dos lombardillas de hierro antiguas sacadas del castillo de Lodi, tres carros de pólvora y dos de balas. Con la artillería iban doscientos gastadores que llevaban cinco carros de barcas para formar puentes cuando se ofreciese. En la retaguardia, en fin, venían los 12,000 alemanes recién llegados mandados por su coronel Jorge de Austria.

En este órden comenzó á caminar el ejército en la direccion de Milan y fué aquella noche á Marignan, pero á la mañana siguiente mandaron torcer á la izquierda y tomar el camino de Pavia. Las precauciones con que marchaban, pues no abandonaban la formacion por si eran acometidos, y lo pantanoso y malo del terreno, les obligaba á caminar muy lentamente, y así tardaron dos dias en llegar á Sant-Angel, lugar bastante fortificado y que defendia Pirro de Gonzaga con ochocientos infantes y doscientos caballos, situado en la ribera opuesta del rio Lambartmuerto. El ejército imperial pasó al otro lado, y se situó entre Sant-Angel y el ejército francés para mejor poder atender á los dos puntos, enviando algunos caballos ligeros á puntos muy avanzados para que avisasen con tiempo de cualquier movimiento que contra ellos emprendiese el campo enemigo.

Convenia mucho á los imperiales no dejar á su espalda en poder de los enemigos un punto fortificado, que podia impedirles la conduccion de viveres y municiones, y serles muy funesto en caso de derrota, por lo cual al dia siguiente el marqués de Pescara, al frente de unos mil infantes y dos piezas de de batir, sitió el castillo de Sant-Angel, y mientras abria brecha en sus muros, habia mandado á prevencion cortar mucha fagina para cegar el foso y poder acometer por la brecha. El muro no tardó en venir abajo, descubriendo detras un terraplen bastante elevado, que dificultaba no poco el asalto, pero Pescara, impaciente por concluir una empresa que se hacia muy difícil si el ejército francés venia en su socorro, empuñó la espada y cubierto con su rodela en que llevaba pintada la muerte, arremetió el primero á trepar por la brecha. Como su traje usual que consistia en calzas de grana y jubon de raso carmesí, le hacia tan distinguido entre sus soldados, los tiros y piedras que lanzaban los sitiados sedirigian principalmente contra él, pero esto lejos de intimidarle, enardeció tanto su valor, que viendo al animoso capitan andaluz Quesada que se adelantaba con ánimo de protegerle, exclamó enojado: *¿Cómo capitan Quesada, con título de amigo me queréis quitar mi honra? Ya Dios no me ayude si yo tal consiento; y á la voz de España, España, se precipitó sobre el muro, seguido del capitan y otros muchos soldados. Su aparicion sobre la muralla fué la señal de derrota en los enemigos, que aunque se refugiaron á lo mas fuerte del castillo, allí los acometió el intrépido Pescara y al momento tuvieron que rendirse.*

Quitado este punto de apoyo á sus enemigos, casi á su misma vista, pues el castillo no dista mas que cuatro leguas de Pavia, y asegurada la espalda; al siguiente dia (30 de enero) comenzaron á marchar hacia el enemigo, pero con tanta lentitud, que en aquellas cuatro leguas consumieron cinco dias, al cabo de los cuales dieron vista á la ciudad y al campo enemigo. La artilleria toda resonó á un tiempo como un trueno espantoso, la de la plaza para celebrar con salvas de alegría la llegada de sus libertadores; y cincuenta cañones y culebrinas de los franceses, que de antemano estaban asestadas al punto por donde habian de llegar los imperiales, para sembrar en sus filas el espanto y la muerte. Sin embargo, hicieron poco estrago porque los defendia una espesa arboleda, que inutilizó la mayor parte de los tiros. El marqués mandó sentar el campo á tiro de arcabuz del de los enemigos, y ambos comenzaron á hacer sus fortificaciones y defensas; pero con mucha incomodidad y alguna sangre de una parte y otra, porque el estar tan próximos hacia que fuesen continuas las escaramuzas y rebatos, y la muchísima leña que ambos cortaban, tanto para hacer sus obras de fortificacion, como para calentarse, porque el frio era intensísimo, iba consumiendo el bosque y descubriendo el campo para que la artilleria pudiese jugar con acierto, de modo que en frente de cada tienda tuvieron que formar un reparo para defender las vidas. Seis ó siete dias consumieron en fortificar el campamento, y tambien los franceses aumentaron sus defensas, porque aunque despre-

ciaban el ejército imperial por inferior en número, temian sin embargo la intrepidez y valor de sus capitanes y soldados, de quienes en otras ocasiones habian recibido golpes demasiado fuertes.

El almirante de Francia no cesaba de advertir á su monarca el inminente peligro en que se encontraba el campo francés, teniendo tan cerca á los españoles, pero el orgulloso y confiado rey, despues de burlarse de los temores de su general, le decia: *No importa que estén tan cerca, son pocos en número, est n pobres, ni tienen dinero, ni víveres, ni municiones, ni armas, ni esperanza de socorro. ¿Qué les queda pues sino levantar el campo ó rendirse?* En efecto la escasez y miseria del campo imperial era tanta, que la ración diaria del soldado era un panecillo pequeño, y los de los pueblos circunvecinos no querian de ningun modo llevar viveres, porque no habia ningun dinero con que pagarles.

Sin embargo de tanta penuria el ejército estaba entusiasmado, y deseando batirse, con el aliciente del despojo del campo enemigo, donde todo abundaba. No ayudaba poco á alentar y sostener el ardor del soldado el infatigable y aguerrido marqués de Pescara, que no descansaba un momento. Se hallaba en las escaramuzas, dirigia las fortificaciones, disponia á donde se habian de dirigir los fuegos de artilleria, y se encontraba por las noches recorriendo las centinelas y puestos avanzados. Apenas el campo estuvo en un estado regular de defensa, inventó una estratagema singular. Por espacio de siete noches continuadas acometió tres ó cuatro veces con treinta ó cuarenta arcabuceros los puestos avanzados del enemigo, hasta lograr poner arma á todo el real francés, y logrado este objeto luego se retiraba, y en cuanto conocia que se habian sosegado repetia el falso ataque por otro punto, de modo que los franceses estaban cansados de no dormir, y tan acostumbrados á estos sustos nocturnos, que concluyeron por despreciarlos, de modo que aunque la octava y nona noche repitió su alarma, el campo permaneció tranquilo, y solo el punto atacado rechazó con facilidad á los arcabuceros de Pescara. Cabalmente este era el efecto que el marqués deseaba producir, y á la décima noche tomó consigo mil cuatrocientos españoles escogidos, y dándoles órden de que en oyendo tocar un clarín que llevaba consigo, todos volviesen á salir por el punto por donde entrarían, cayó con ellos sobre las fortificaciones enemigas, defendidas por cinco banderas de italianos. Fué tal el aturdimiento que produjo en estos tan brusco é inesperado ataque, que apenas pudieron defenderse, y los que no fueron muertos ó heridos tuvieron que salvarse huyendo hasta las tiendas del rey. Los valientes españoles penetraron tras ellos hasta llegar á la plaza principal del campamento, robando y matando á cuantos encontraban en las tiendas. Entretanto el marqués trabajaba por llevarse la artilleria de las fortificaciones enemigas, pero viendo que no podia conseguirlo, y que ya la alarma habia cundido por todo el campamento enemigo, clavó y arrojó al foso los cañones, y tocó su clarín. Apenas lo oyeron sus soldados volvieron á reunirse, y entró en el campamento cargado de despojos y prisioneros, sin pérdida mas que de un solo hombre, mientras que de los enemigos pasaron de dos mil los muertos.

Aturdidos quedaron los franceses con tan terrible golpe, y fué tal la idea que formaron del valor y osadia de sus contrarios, que Francisco I mandó estar solo á la defensiva, esperando vencer á Pavia y al ejército solo con la dilacion: del mismo dictamen era el pontifice, que por conducto de su embajador Alberto Castrense escribió al rey, que escusase comprometerse en una batalla decisiva, y fortificase su campo de modo que no pudiesen los enemigos entrarlo, ni obligarle á pelear.

Indudablemente este método hubiera sido infalible contra capitanes menos decididos y soldados menos valientes, porque la falta de viveres era ya absoluta en el campo

imperial, que los soldados abandonaban, derramándose por la comarca en busca de provisiones. Esto condujo al relajamiento de la subordinación militar hasta tal punto, que una tarde que se tocó al arma faltaron la mitad de los españoles. Convencidos, pues, los gefes del emperador, de que les era imposible sostenerse por mas tiempo, y temerosos de quedarse sin ejército, se reunieron en consejo para tomar una resolución definitiva. Varios fueron los pareceres que se emitieron, y varios los medios que se indicaron para salir de tan apurada situación, pero todos sobre la base de retirarse abandonando el campo y á Pavia, y dirigirse, ó á Milan, ó á Nápoles, ó á Crémone, ó á otros puntos, segun que el temor, ó la esperanza de encontrar socorros sugerian á cada uno. El marqués de Pescara habia hasta entonces guardado un profundo silencio, pero invitado por el duque de Borbon que le dijo: *Marqués, decid vuestro sentir, porque todos estaremos á vuestra determinación*; contestó: «mas quiere, (segun decia Juanin de Médicis) pelear, que dar consejo, porque en lo primero solo se aventura la vida, y en lo segundo no solo la vida propia sino la de muchos, y aun la honra y fama se comprometen. Por esta razon me habia resuelto á callar, mas ya que tan gran principe me lo pide, diré francamente lo que siento segun mi leal entender. No soy amigo de batallas, porque tengo muy presente el antiguo proverbio que dice, *deme Dios cien años de guerra y no un día de batalla*.» Pero hay otro medio de salir con honor de la apurada situación en que nos encontramos? Retirándonos á uno de los puntos que se han indicado, quedábamos indudablemente á merced del enemigo. Porque si creyendo que huíamos por temor (como lo seria en efecto) nos siguiere, ¿estaría en nuestro arbitrio excusar la batalla? ¿No tendríamos entonces que aceptar la como y cuándo el enemigo quisiera, y tal vez sin las disposiciones necesarias y en lugar desventajoso? Soy, pues, de dictámen, que lo que tal vez tendríamos que hacer por fuerza, lo hagamos de grado, pero disponiéndolo de modo que obremos, no huyendo como cobardes, ó turbados como repentinamente acometidos, sino como hombres de valor, que tienen la justicia de su parte, y

la esperanza en su Dios que es el que dá las victorias.»

Habia tal verdad y convicción en las palabras del marqués, que ya despues de oídas nadie titubeó un momento, todos se decidieron por dar la batalla al enemigo, y ya solo se habló de los preparativos, escogiendo para darla el veinte y cuatro de febrero, cumple años de su rey y señor el emperador Carlos V. Al momento se comunicó orden á los capitanes á fin de que sus respectivos soldados aparejasen sus armas y caballos, y Pescara tomó todas las medidas posibles, para que su determinación no se trasluciese en el campo enemigo. Aunque estaba segurísimo de sus españoles quiso sin embargo inflamarlos mas, y reuniéndolos, despues de pintarles con viveza el apuro en que se hallaban, les dijo: *Compañeros, de toda la tierra, solo la que pisais es vuestra; el emperador con todo su poder, y yo con todo mi cariño, no somos bastantes á daros hoy ni mañana un pan con que comais. En el campo enemigo (como ya lo visteis la noche que conmigo entrasteis) abundan y sobran toda clase de regalos: por tanto, hermanos míos, la cuenta es, que si mañana queremos comer, allí lo hemos de ir á buscar. Mas si esto no os parece bien, decidmelo para saber vuestra voluntad*. La voz de ¡al enemigo, al enemigo, pelear queremos! repetida á la vez por todos los soldados, fué la contestación que recibió el valiente Pescara, que lleno de esperanzas se fué á la tienda del duque de Borbon, donde estaban convidados á comer los gefes principales, y las tropas se retiraron llenas de entusiasmo á sus tiendas, para descansar y prepararse á la batalla.

Al entrar la noche los capitanes Luis de Viacampo, Juan de Herrera, y Gayoso fueron encargados por el marqués de velar y rondar con sus compañías, á fin de evitar que algun espia saliese del campamento, ó alguna imprudencia revelase á los franceses su intento. El mismo recorria con rapidez todos los puntos, veia si los soldados preparaban sus armas, caballos y demás útiles de guerra, y animaba á capitanes y soldados para la empresa del día siguiente, que habia de coronar sus sienes con un laurel inmarcesible. (Se continuará)

JOSÉ QUEVEDO.

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.

FRANCIA.—SAINT-MALO.

Está Saint-Maló en la isla de Aron, que se une al continente por una calzada, dos veces al día bañada por el mar, en extremo fuerte, y defendida por obras avanzadas y con inmensos troncos de árboles clavados en la arena, para amortiguar la violencia de las olas.

El puerto es vasto, seguro y cómodo, pero de difícil acceso por causa de los muchos arrecifes que impiden la entrada. Los mayores buques pueden penetrar en él, con tal que estén contruidos á propósito para parar en la arena, porque en la baja mar quedan en seco. Al oeste hay la rada protegida por siete fuertes, de los cuales es el mas notable el llamado *la Couchée*, obra del célebre Vauban. La isla de Cesambre dista dos leguas de tierra; tiene un pequeño puerto formado de inmensas piedras, reunidas por unos monges que habitaron allí; y todavía se ven las ruinas de su abadía, y los restos de la antigua capilla y celda de San Brandan, que en el siglo VII fué á establecer allí con Saint-Maló, la cual estaba situada junto á una masa de peñas, cuya cima señorea la isla, en la que hoy solo vive un destacamento de aduaneros.

Durante diez siglos, la historia de este punto solo ofrece el espectáculo de una población sin cesar en lucha con los duques de Bretaña y la reina de Francia; y debe su origen á la antigua ciudad de Aleth. Echados del continente

por las incursiones de los normandos, lo mismo que los lombardos en Italia, algunos bretones buscaron un asilo en las rocas; querian ser libres y creyeron serlo luego que no dependieron mas que del mar y de si mismos. Siempre armados por su propia defensa, pronto contrajeron los malonenses esas osadas costumbres que les hicieron acometer muchas empresas lejanas. En 1477, habiase refugiado en Bretaña el conde de Richemont, que huia de los principes de la casa de York, entonces reyes de Inglaterra. El monarca inglés probó de arrancarle de aquel asilo so pretexto de desposarle con su hija; ya el conde estaba en un buque inglés, que fuera por él á Saint-Maló; cuando recibiendo cierto aviso sobre el peligro que corria, volvióse á la ciudad. En vano le reclamó el agente de la Inglaterra; los malonenses les contestaron que el asilo de Saint-Maló era inviolable, y que cualquiera que á él se acogiese no seria arrebatado de allí.

Como los habitantes de Aleth dieron á Saint-Maló el dominio temporal y espiritual de su ciudad, desde entonces los obispos eran sus señores y condes, bien que, al parecer, el cabildo usurpó algunos de los derechos episcopales, y acabó por partir con el obispo la soberanía. Cada día por la noche retraian á casa del dean las llaves, que el gobernador no podia retener; pero en cambio el cabildo, estaba sujeto á ciertas obligaciones, de las cuales solo una mencionaremos, á causa de su singulari-

dad. Debía el cabildo mantener veinte y cuatro perros, que guardasen la entrada de la ciudad; bien que ya se han quitado ahora aquellos animales, que fueron objeto de terror para los extranjeros, y asunto de las canciones. Son los malonenses muy valerosos, y grandes los servicios que su marina ha prestado al estado. En 1662 equiparon á su costa una flota de treinta buques, que tuvo mucha parte en la toma de Rochela; en el mismo año, á las órdenes de Duguay-Trouin, atacaron y se apoderaron de Rio-Janeiro, incendiando en su puerto sesenta embarcaciones, y causando á los portugueses una pérdida de veinte millones; y en 1663, indignados los negociantes de Saint-Maló de que las potencias extranjeras intimasen á Luis XIV que con sus tropas obligase á Felipe V á abandonar la España, reunieron los beneficios que habian sacado del comercio con las colonias españolas, y presaron al rey treinta y dos millones en oro, cabalmente cuando se hallaba exhausto el erario por una larga serie de desgracias. Para vengarse de los perjuicios que casi diariamente causaban los malonenses al comercio de la Inglaterra, resolvió esta destruir Saint-Maló: por noviembre de 1663 presentáronse los ingleses delante de sus muros con una flota muy crecida; el día 26 se apoderaron de un fuerte, y rompieron un terrible bombardeo; pero una máquina infernal, que colocada en un barco iba viento en popa hacia la ciudad, varió de direccion por efecto de una ráfaga de viento, y fué á encallarse en unas rocas. Su explosión mató al que la habia inventado, y á cuarenta marineros que la acompañaban; habia en ella doce barriles de pólvora, que debia empujar aquella máquina; y tan espantoso fué el estrépito, que tembló la tierra de los alrededores, vinieron al suelo algunas chimeneas, quedaban dos leguas de Saint-Maló, y cayeron las tejas de las casas; pero á esto se redujo todo su efecto.

El puerto de Saint-Maló se dedicó un tiempo al comercio del mar del Sur. En el reinado de Luis XIV alcanzó

el mayor grado de su esplendor, y fué cuna de la compañía de Indias.

Sus murallas reúnen la solidez á la belleza, y se construyeron segun los diseños del mariscal de Vauban, que queria trasladar todos los habitantes á Saint-Servan, no dejando allí mas que una ciudadela, que hubiese sido inespugnable. Elévanse sobre rocas, flanqueadas de torres y baluartes, y guarnecidas de formidable artilleria, y forman un vasto paseo, desde el cual se goza de una vista magnífica: á un lado vese la campiña, Saint-Servan y el puerto; á otro, la rada, y al norte el mar y los fuertes avanzados.

Tambien forma parte de las fortificaciones el castillo, que aunque muy antiguo, mereció se le conservase cuando la nueva traza. Mandólo edificar la reina Ana, y se dice que allí encerró á ciertos canónigos de resultas de un altercado que tuvo con ellos y con el obispo, el cual habia escomulgado al empresario de la obra y á los trabajadores. Motiváronlo algunos derechos de regalía, que reclamaba la princesa; y entonces fué cuando hizo construir una torre, en que se leía esta inscripcion: *Qui qu' en grogne, ainsi sera; c' est mon plaisir*, y á la cual le ha quedado el nombre de Quinquengrogne. Tambien es notable la torre llamada la Generala, por la cual los malonenses entraron en el castillo cuando la Liga.

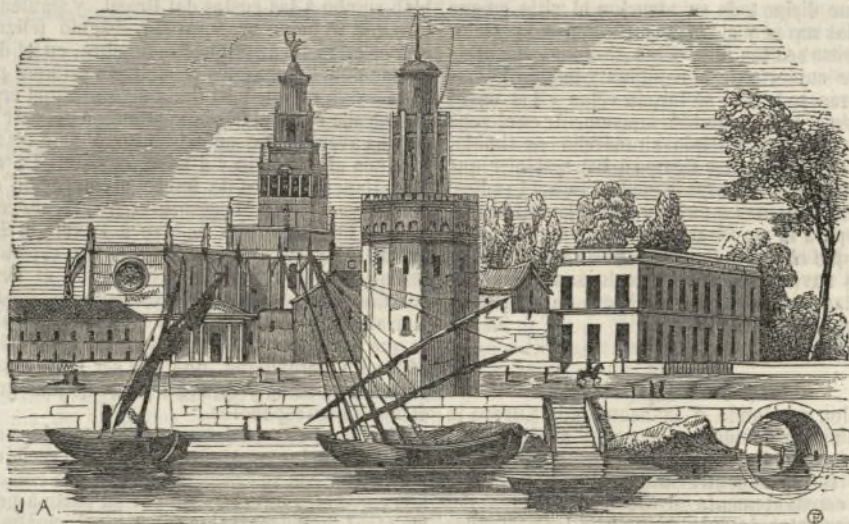
Los armadores de Saint-Maló envian á la India y á las colonias; pero las principales operaciones se dirigen á Tierra-Nueva, para la pesca del bacalao, á la cual las dos ciudades de Saint-Maló y de Saint-Servan envian de ochenta á cien buques.

Al terminar este artículo, no debemos pasar en silencio los nombres ilustres que la Francia debe á Saint-Maló; allí nacieron Duguay-Trouin, Maupertuis, el abate de la Mennais, y el doctor Broussais; y en aquel corregimiento, en Combours, vió la luz primera el mas ilustre de los modernos escritores franceses, el vizconde de Chateaubriand.



(Vista del puerto de Saint-Maló.)

GLORIAS DE ESPAÑA.



(Vista de la Torre del Oro en Sevilla.)

PRIMER VIAGE AL REDEDOR DEL MUNDO.

I.

En una de las deliciosas mañanas del mes de agosto y mucho antes de que los ardorosos rayos del sol de Andalucía iluminasen las calles de Sevilla, cruzaban ya por ellas varias cuadrillas de robustos é intrépidos marinos, que se dirigían á la iglesia de Santa María de la Victoria en el barrio de Triana. Aquellos hombres, cuyo moreno semblante y vivaces ojos revelaban bien claramente la osadía de su carácter, parecían entonces dominados por un sentimiento religioso, que al penetrar en el templo les hizo hincar las rodillas sobre las losas del pavimento y elevar sus plegarias al cielo, acompañando á las que proferidas en voz baja por el sacerdote, resonaban sin embargo bajo las altas bóvedas del santuario, merced á el profundo silencio que en él reinaba, y á la escasa concurrencia que en él había.

Sin embargo, no tardó esta mucho en aumentarse. Abriéndose de par en par las puertas del templo, dieron entrada á otra numerosa comitiva, compuesta, no de tantos marinos, sino de lujosos y apuestos caballeros, entre los que se distinguían los ministros de justicia y los oficiales de la corona. Llamaba extraordinariamente la atención en medio de ellos un personaje con el que todos guardaban la mayor deferencia, y que bajo las espléndidas galas del cortesano, dejaba aun traslucir el marcial continente de un guerrero y el impasible aspecto de un marino. Llamábase Hernando de Magallanes y aunque nacido en Oporto, estaba al servicio de España, donde había merecido la mayor confianza á Carlos I emperador y rey. El tardío arrepentimiento de haber despreciado en otro

tiempo las seductoras ofertas de Colon, no fué suficiente para que los monarcas de Portugal acogiesen con mayor empeño los proyectos de otros intrépidos marinos, y por esta causa, Magallanes quejoso y desatendido en Portugal, halló mejor acogida en Carlos I de España, que siendo el monarca mas poderoso de la época, era el que mejor podía proteger una empresa grandiosa y por tantos títulos digna de los españoles. Magallanes paseó una mirada de satisfacción por todos los que en el templo se encontraban; por todos aquellos marinos que habiendo de ser sus compañeros de viage, venían entonces como él á implorar el favor del cielo, porque para la expedición que meditaban eran insuficientes la constancia y valor de los hombres.

Concluido el oficio divino, acercose el asistente de Sevilla, Sancho Martinez de Leiva, y en voz alta requirió á Hernando de Magallanes, recibéndole el juramento de fidelidad y el pleito homenaje segun el fuero de Castilla, hecho lo cual, tomó el estandarte real y le puso solemnemente en manos de Magallanes quien le pasó á las de su alférez, acompañando á esta ceremonia las aclamaciones de la multitud, que ya se agolpaba á las gradas del templo, y las salvas de artillería de los baluartes y de las embarcaciones ancladas en el rio.

Partió la comitiva hasta el sitio en que los marinos se habían de embarcar, para trasladarse al punto en que les esperaba su escuadra. El estandarte real fué pasado á bordo, los marineros ocuparon sus puestos y Magallanes dirigió con singular destreza la embarcación por entre otras varias ancladas en el Guadalquivir y las muchas barcas llenas de curiosos, que habían salido á despedir á los viajeros hasta el puerto de San Lucar de Barrameda que era el punto de partida. La armada de Magallanes se componía de cinco embarcaciones á las que entonces llamaban naos y que sin ser ya las carabelas con que el intrépido Colon se había lanzado en un Océano desconocido, dista-

han mas todavía de los actuales navios. El 27 de setiembre de 1519 una fresca brisa de tierra desplegando en el aire las banderolas de las naves, como que invitaba á los marinos á disfrutar de un viento tan propicio. Ya estaba todo dispuesto para la partida y el cañonazo de leva resonó bien pronto, para que pasasen á bordo las personas de la tripulación que aun se hallaban en tierra. Los terrados de las casas, la playa, los muelles y las cubiertas de las embarcaciones ancladas en el puerto se llenan de un numeroso gentío que dirige toda su atencion al sitio en que se encuentran las naves y eleva sus plegarias al cielo, para que su regreso sea tan feliz como glorioso. Magallanes aparece sobre cubierta de la capitana y manda la maniobra: las anclas se levantan, se largan velas y las naves empiezan á moverse, balanceándose suavemente en el seno de las agitadas olas. Al principio su marcha es tímida, pausada, cual si quisieran dar tiempo á los marinos que agitando sus pañuelos y sombreros contestan á el ¡adios! que les dirigen las personas queridas que dejan en la orilla: adios, que para la mayor parte de ellos ha de ser el último; mas así que el viento favorable hinche de lleno las velas, parten las naves serenas y magestuosas, rasgando las espumosas olas, y desaparecen en breve de la vista de un pueblo que ansioso las contempla.

II.

Cristóbal Colon revelando á la asombrada Europa la existencia de un nuevo mundo que su genio sublime supo adivinar, no habia resuelto el gran problema que se habia propuesto, cual fué el encontrar un camino para ir á la India, guiando constantemente al Oeste, al través del Atlántico. Los recientes descubrimientos de los portugueses en el Africa, habian no solo escitado la emulacion de las demas naciones, sino renovado la necesidad y el deseo de hallar un camino mas corto á las Indias por el Occiden-

te, sin necesidad de costear el Africa y doblar el cabo de Buena Esperanza como los portugueses hacian. Atendidos los últimos descubrimientos hechos en América, á cuyas tierras seguian dando el nombre de Indias los españoles, solo un estrecho al través del continente americano podia facilitar este camino, y la expedicion de Magallanes no llevaba mas objeto que hallar este paso ó estrecho y realizar tan vasta empresa. Por esta causa, el intrépido marino, desde las islas Canarias á donde se dirigió primeramente, hizo rumbo á las costas del Brasil, y siguiendo el derrotero que se habia propuesto, consiguió felizmente descubrir el estrecho á que puso su nombre, en 21 de octubre del mismo año. Estaba pues resuelta la primera parte del problema y ya no quedaba duda de que aquel era el paso que se buscaba entre el Océano atlántico y el mar del Sur; pero faltaba aventurarse en este último mar y abrir nuevos caminos al comercio y á la navegacion. La expedicion de Magallanes despues de haber permanecido en las tierras australes el tiempo necesario para reconocerlas y prepararse á nuevas fatigas, se hizo á la vela el 27 de noviembre de 1520; pero de las cinco naves españolas solo tres se hallaban en estado de penetrar en el Océano pacífico. Con ellas visitó sucesivamente las islas Latinas, las Marianas, las Filipinas y las de Zebú. La amistad y alianza que hizo con el rey, cacique de esta isla, fueron tan eficaces y verdaderas, que por ser fiel á ellas, buscó Magallanes su ruina y estuvo á punto de malograrse la expedicion de los españoles.

Habia el rey de Zebú aceptado tan de veras la amistad y alianza de los españoles, que quiso recibir el bautismo para sellar con su creencia el pacto que con ellos formaba. Los españoles ofrecieron por su parte á protegerle contra otros caciques rivales suyos y principalmente contra el de la isla de Mactan que rehusaba reconocer la autoridad, así del rey de Zebú, como de sus nuevos aliados. Deseoso Magallanes de corresponder á el afecto del rey de Zebú y



de manifestar cuan en poco tenían los españoles á un enemigo á quien juzgaba tan poderoso, reunió todos los soldados que tenía disponibles, que en todo eran como unos cincuenta, y con ellos hizo un desembarco en la isla de Mactan. En vano le hicieron presente una y otra vez cuanto arriesgaba en aventurarse de aquella manera en una isla desconocida y ocupada por numerosos enemigos. Magallanes llevado de su ardor atacó á los indios que empezaron á huir; aunque esto no era mas que una estratagemá para atraer á los españoles á una emboscada que tenían dispuesta.

Apenas se hallaron los españoles en el punto que los enemigos deseaban, cuando con atronadora vocería cayó sobre ellos una multitud de indios que salieron armados de la espesuras de los bosques. Dispuso entonces la retirada, y al replegarse á las naves, Magallanes, que se quedaba de los últimos, recibió en la cabeza una pedrada que le dejó caer en tierra sin sentido, y allí los enemigos le acabaron sin que los españoles pudiesen valerle.

Así pereció este hombre insigne, sin haber alcanzado el premio de sus fatigas, ni haber terminado la série de sus descubrimientos. Solo le queda el lauro de haber puesto su nombre al estrecho que ha inmortalizado su memoria.

III.

La muerte del almirante acaecida el 27 de abril de 1521, la perfidia de los indios que con pretexto de un convite trataron de asesinar á los españoles que habían quedado, y el deterioro de las naves, que se juzgaban incapaces de resistir el mar embravecido, tenían en el mayor apuro á los españoles que resolvieron separarse á toda costa de aquellas islas inhospitalarias. Despues de haber quemado la mas inútil de las naves, se hicieron por fin á la vela; mas apenas habían entrado en alta mar, los elementos que hasta entonces les fueran favorables, se les volvieron de todo punto contrarios. Grande fué la consternación de los navegantes cuando descubrieron en el horizonte todas las señales de una próxima borrasca; mas cuando esta llegó á estallar con toda su furia, cuando vieron á su débil nave hecha juguete de las embravecidas olas y oyeron al piloto esclamar.—¡Somos perdidos! el desconsuelo y la desesperación fueron indecibles. En tal conflicto, unos arrojaban al mar aquellos mismos objetos que con tanto afán habían procurado recoger, otros se daban el último abrazo, y otros imploraban en altas voces la clemencia del cielo, mientras que otros, ó mas prudentes ó mas confiados, buscaban todavía los medios de salir de tan apurada situación y se agrupaban al rededor del único hombre capaz de salvarlos.

Hallábase este hombre apoyado en el mástil de la nave y ocupado al parecer, mas que de su estado precario, en contemplar embebecido el imponente espectáculo de los elementos encontrados. Llamábase JUAN SEBASTIAN DE ELCAÑO y era natural de Guetaria, villa marítima de Guipúzcoa. Desde sus primeros años se había dedicado á la marina y había vivido en el mar. Así es que ya había costeado el Africa antes de aventurarse en este viage, en que había sido maestre de la nao Concepción, mientras dicho buque pudo sostenerse en el mar. Tenia Elcano ademá de la perseverancia necesaria para seguir grandes proyectos, una constancia á toda prueba para no ceder á los obstáculos, y sobre todo, aquella serenidad, hija en parte de la costumbre, que hace á los marinos mirar impávidos la muerte que les amenaza. De todas estas cualidades daba entonces sobresaliente muestra, porque en esa tremenda lucha que entre el cielo y el mar figura una borrasca, hay cierta grandeza y magnificencia que solo es dado contemplar á los hombres de un ánimo sereno.

Era pues un espectáculo sorprendente el que ofrecia aquella multitud de hombres, gritando y sollozando al rededor de aquel en quien cifraban su esperanza.

—¡Salvados! ¡Salvados! le decían.

—Tomad todos nuestros tesoros; pero tened compasión de nosotros.

—Que volvamos á nuestra patria ¡Oh! no morir sin ver á la España!

Elcano era mil veces digno del prestigio que en sus compañeros ejercia; pero su situación particular en la nave no le autorizaba para imponer sus órdenes y solo se había propuesto atender á su salvación personal segun lo exigiesen las circunstancias. Sin embargo, cuando vió que á su lado le suplicaban los mismos que pudieran ofenderse de su elevación, cuando se sintió en fin, capaz de salvarlos á todos, marchó impávido á apoderarse del timon. Lejos de hacer frente á las olas y de arrostrar la furia del viento, dispuso precisamente lo contrario y dejando que la nave sufriese un empuje tan violento como retrógrado, puso todo su cuidado y vigilancia en que no chocase, ni fuese arrojada contra la costa al arriar á una ensenada cerca de Borneo, que era adonde los vientos la encaminaban. Mas al penetrar en la ensenada, ya el mar perdía parte de su furia, la proximidad de la costa iba reanimando á los navegantes, hasta que llegando por fin á un sitio favorable, el áncora se arroja y el buque se salva. Mil gritos de júbilo resuenan en los aires y todos saludan á Elcano como á su gefe y su libertador.

IV.

Apenas el mar ya bonancible y el cielo despejado invitaban de nuevo á la partida; apenas los españoles se recobraron algun tanto de sus pasadas fatigas, ya Elcano dispuso continuar el viage. Antes de hacerse á la vela, mandó enarbolar el estandarte real, aquel mismo que desde que fué entregado en Sevilla tan cuidadosamente se conservaba, y aprovechó el momento en que su vista mas entusiasmo producía en los soldados para decirles:

—Amigos, á vosotros está reservada la gloria de tremolar los primeros el estandarte de Castilla en estos mares desconocidos. Manifestad que sois dignos descendientes de Cortés y de Pizarro: ahora es la ocasión de luchar y de vencer como ellos. Merced á vuestro esfuerzo valeroso, do quiera que el sol brille, allí encontrará el pabellon de nuestra patria.

Dice, y la nave Victoria, la única digna de este nombre, la única que de las cinco salidas de España, flotaba aun orgullosa sobre el azulado piélago, parte entonces altiva como señora del mar, como dominando aquel elemento que tan ingrato poco antes se mostraba. Sus olas vienen ya blandamente á besar los costados de la nave, los céfiros vagarosos hincen sus velas, y los genios tutelares de la España parece que dirigen su marcha, hasta conquistar con los hombres que la tripulaban ese renombre inmortal que la historia les conserva.

La nave Victoria avistó las islas Molucas; donde los españoles desembarcaron para comerciar con los naturales. En la de Tidore particularmente, los indios hicieron alianza con los españoles, prometiendo varios reyezuelos el ser vasallos del monarca español: así es que al embarcarse Elcano, no solo llevó varias cartas y regalos de los reyes molucos para el emperador Carlos V, sino tambien á muchos indios (pues á todos los indígenas se daba entonces este nombre) que se brindaron gustosos á venir á España. No siendo ya posible, ni aumentar el equipage, ni el cargamento de la Victoria, partió Elcano decididamente para España, el 21 de diciembre de 1521. Dobló con toda felicidad el cabo de las Tormentas ó de Buena Esperanza, tocó despues en las islas del Cabo Verde, y por último, despues de haber andado mas de catorce mil leguas, entró triunfante San Lucar de Barrameda el día 6 de septiembre de 1522, volviendo al mismo puerto de que había salido, despues de haber dado la vuelta al mundo en un viage de tres años, menos algunos días.

Semejante empresa, llevada felizmente á cabo á pesar de los escasos conocimientos náuticos é imperfeccion de los buques en aquella época, fué mirada como un prodigio. La geografía cambió enteramente de aspecto, la historia natural ensanchó la esfera de sus adquisiciones y progresaron de un modo notable todos aquellos ramos del saber humano, que dependen de la navegacion. Juan Sebastian de Elcano, siendo el primero que dió la vuelta al mundo al frente de sus animosos compañeros, realizó el grandioso pensamiento de Magallanes, rasgó el velo que aun cubria la mitad del globo terraqueo y señaló el camino que habian de seguir, á los intrépidos navegantes que se lanzaron despues de él. Sin su audaz empresa, coronada por el triunfo, no se hubieran distinguido, siglos despues, Cook, Adanson, Vallis, Dumont D'Urville y otros ilustres extranjeros.

Con razon, pues, se ha considerado la expedicion de

Elcano, no solo como un titulo de gloria para su patria, sino como la empresa mas grande y maravillosa de su época.

V.

Hallábase por entonces la corte de España en la ciudad de Valladolid y allí fué donde el emperador Carlos V recibió al primer navegante de Europa. La audiencia se verificó con toda solemnidad, dispensándose á Juan Sebastian de Elcano y á sus compañeros todos los honores que su importante servicio merecia. El monarca, lleno de complacencia, escuchó de boca de Elcano una circunstanciada narracion de todos los infortunios y aventuras de aquel héroe; de aquel hombre que nacido en la mas humilde condicion, se ostentaba entonces gallardo y airoso con los distintivos de un rango social en que él se habia sabido colocar.



Elcano con noble franqueza, hizo valer delante del emperador las circunstancias de haber hallado el camino á las Indias por diferente rumbo del que llevaban los portugueses, lo que habia sido el principal objeto de aquella expedicion; de haber surcado nuevos mares, descubierto ignoradas islas, y haber por fin hallado un estrecho ó paso entre los dos grandes oceanos que cubren la superficie del globo. Ya estaban pues facilitados el comercio, trato y cultura entre los habitantes de los diversos paises del mundo, ya las ciencias tenian nuevos objetos en que ejercitarse, ya la esfera del humano saber podia estenderse en un nuevo emisferio, ya en fin, el estandarte de Castilla tremolaba victorioso en todos los paises iluminados por el sol.

En seguida y como apoyo de su narracion, presentó Elcano al emperador los trofeos de su conquista, los despojos y riquezas de los paises que habia visitado, y tambien las dádivas y regalos que en muestra de amistad y reconocimiento le enviaban los soberanos de aquellos remotos paises. Componia todo esto una coleccion tan vistosa como variada, en la que, sin olvidar el oro que tan gratas hizo las entrevistas de los primeros descubridores de las Indias, figuraban en primera linea otros productos mas necesarios que aquel apetecido metal. Pieles, telas de algodón, armas, utensilios, ídolos y adornos de los indios, pájaros vivos de pintados colores, plumas esquísitas, entre ellas las celebradas del ave del paraíso, que los españoles traian comunmente en las gorras, y por úl-

timo cajas de rica especiería en la que se contaba la pimienta larga y la redonda, la canela ó cinamomo, la nuez moscada, el gengibre y el árbol del clavo, como una muestra de la riqueza que en este género se podía esperar de aquellas remotas é ignoradas regiones.

El emperador poseído de júbilo, colmó de honores á Elcano, siendo los mas positivos una pension anual de quinientos ducados de oro y lo que, atendido el espíritu de la época, debía serle mas grato aun que los intereses, cual fué la concesion de titulos de nobleza, simbolizada en un escudo de armas alusivo á la expedicion y por cima el globo terraqueo con esta inscripcion: *Primus circumdedisti me.*

Glorioso es ver entre esos varones inmortales que des-

cribieron un nuevo mundo, entre tantos conquistadores de América que lograron una muerte desgraciada por todo premio de sus fatigas, uno al fin á quien hayan alcanzado en vida las recompensas, y mas glorioso todavia, ver un hombre nacido en la condicion mas obscura de la sociedad, elevarse por solo el poder de su genio y sostenerse por la energía de su caracter sobre la humilde situacion en que nació y favoreciendo á la humanidad con tan útiles descubrimientos, ser la honra de su patria y de su siglo y hacer que la posteridad pronuncie su nombre con agradecimiento y respeto.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

DE LA PROCESION DEL CORPUS

EN MADRID, SEVILLA, TOLEDO Y VALENCIA,

Y DE LAS GALANTERIAS USADAS EN ESTA SOLEMNIDAD.



El culto que hoy se dá al Santísimo Sacramento con el nombre de *Corpus Cristi*, data del primer tercio del siglo XIII. El piadoso ROBERTO, obispo de Lieger, le instituyó en su diócesis el año 1216, creando una procesion anual un jueves despues de la pascua de Pentecostés,

en que se llevaba por objeto principal, al Señor Sacramentado, en un grande y rico relicario de plata y oro, y conducido debajo del palio en los hombros de seis ú ocho sacerdotes vestidos de sobre-pelliz y capas de coro. Pocos años despues, esto es, en 1261, ó 63 como dicen otros, el pontifice URBANO IV ordenó que se estableciese este culto en toda la cristiandad, y desde entonces en todos los pueblos cristianos católicos se celebra esta fiesta religiosa con mas ó menos ostentacion, pero siempre con piadosa solemnidad. La España así como fué de las primeras naciones que recibieron la luz del Evangelio, no fué de las últimas que empezaron á dar culto al Santísimo Sacramento, en la festividad nuevamente establecida, y así es que consta haberse celebrado en Toledo en el año 1280 con asistencia de ALONSO X apellidado el Sábio y de toda la corte, y en Sevilla en el siguiente de 1282, en la que asistió tambien el espesado rey.

Siendo Madrid, en la época de la creacion de la fiesta del Corpus, un pueblo de corto vecindario, si bien de bastante consideracion por ser una de las plazas mas fuertes que tenia el reino de Toledo, no pudo ser muy suntuosa la nueva festividad, y estaria reducida á una sencilla procesion como las que en tal día se verifican en los pueblos pequeños de esta provincia; pero debió tener aquel carácter alegre, á la par que piadoso, con que los madrile-

ños han celebrado siempre sus fiestas religiosas, comose sabe de antiguo, y se verá al tratar de las llamadas BERBENAS.

En el reinado de los reyes Católicos, hallamos que en el año de 1482, año en que se celebraron cortes en Madrid, asistió la reina doña Isabel I, á un balcon de la casa de los Lujanes, que fué en la que poco despues estuvo preso Francisco I rey de Francia, á ver la procesion del Corpus que salía de la parroquia de la Almudena. El mismo autor que esto escribe, en un códice que tenemos á la vista, añade: «que la procesion salía de la villa por la puerta de Guadalajara (1) en cuyo cimborrio se colgaba el pendon de la Villa con sus armas; que por el campillo de San Ginés entraba en esta iglesia á hacer estacion, y hecha salía por la puerta del Arenal, siguiendo por la cerca de la antigua puerta de Balnadú (2) hasta el real alcázar, por el cual atravesaba hasta la plaza de armas desde la que el obispo bendecía los campos que dan á la vega y al rio, y siguiendo despues á entrar por el arco de Santa Maria (3) concluía en la iglesia de la Almudena de donde habia salido.» En el mismo Códice al hablar de la piedad de la reina Católica dice: «que al otro día del Corpus, del mismo año, salió de la casa de don Pedro Lasso de Castilla, que está cabo de San Andrés, pared por medio, donde habia hecho su palacio real aquel año, y con una antorcha asistió á la procesion del Sacramento de San Andrés al que asistió toda la villa, y que despues de concluida la procesion, hubo danzas por divertirla, y mogigones para darla placer.» La procesion de San Andrés á que se refiere el escritor debe ser la que con el título de Minerva, celebra hoy la sacramental de esta parroquia y San Pedro reunidas, de la que diremos algo mas adelante.

La procesion del Corpus, de Madrid, fué tambien lucidísima en 1528, en que hallándose de paso para Valladolid la guardia del emperador Carlos V, acompañó de escolta, asistiendo á la fiesta muchos señores alemanes que habian venido con el emperador, y en esta época es donde primeramente se ven citadas representaciones religiosas,

(1) La puerta de Guadalajara, estaba en las Platerías desde la plaza de San Miguel á la calle de Milanenses; pero estendida ya en aquella época la poblacion, habia el arrabal de San Ginés que llegaba hasta la puerta del Sol, donde habia una fortaleza y puerta de este nombre.

(2) La puerta de Balnadú, á que llamaron tambien del Diablo, estaba en la calle del Tesoro, hoy plazuela de Oriente, junto al teatro, y dicen llamarse así por dos baños que tenia allí la villa.

(3) Estaba en la bajada de los Consejos á la calle de Segovia.

puesto que dice un documento que refiere esta fiesta, «que al lado del arco de la Almudena, se representó una oración en que la Virgen María venció á Satanás, al que mató el niño Jesús enviándole á los infiernos; añade que se hizo con tal verdad, que lloraron los presentes de gozo, y los alemanes llevaron mucho que contar de bueno.» Por esta relación se vé que en aquella época ya había en Madrid farsas religiosas ó autos sacramentales, que se representaban á la vista del pueblo en los días mas solemnes.

Refiriéndose á la procesion del Corpus que se hace en esta villa, el licenciado Gerónimo de Quintana, en su historia de Madrid, publicada en 1629, dice al folio 336.

«La principal de todas las procesiones de Madrid, es la del día del Corpus con gran demostración de fiesta y regocijo, de músicas, danzas, y autos. Estos antiguamente se solían hacer en un tablado el mismo día por la tarde, enfrente de la iglesia de Santa Maria, y en presencia del Santísimo Sacramento, como hoy día se hace en otras ciudades de estos reinos, dejándole, acabada la procesion, en unas andas de plata, que son muy ricas, de maravillosa hechura, y de tanto peso, que tienen bien que hacer veinte y cuatro sacerdotes en llevarlas, al presente ha cesado esto porque ya se hacen en carros triunfales.» QUINTANA se refiere en esta relación á los tiempos de Felipe II, en los que después del año 1565 en que se trasladó á esta villa para siempre la corte, desde Toledo donde se hallaba, se celebraba la fiesta del Corpus con todo el lujo y ostentación propias del monarca mas poderoso del universo. Muchas festividades de aquel reinado podríamos describir por hallarnos con documentos suficientes para ello, pero concretándonos á la del año 1568 daremos una idea de la solemnidad de esta fiesta en el siglo XVI.

La víspera del día del Señor salía de la parroquia de Santa Maria, un hombre vestido grotescamente al que llamaban el Mogigon (1) el cual llevaba en la mano una vara con dos vegigas de carnero infladas colgando, con este botarga iban una porción de hombres y mugeres vestidos ellos, de moros, y ellas de ángeles, con alas y toneletes blancos, guardadas por San Miguel que era un joven de gallarda presencia con cabellos rubios. Este llevaba en la mano una espada desnuda y en la otra un escudo ovalado. A esta comparsa seguía el tamboril y la gaita de la villa, músicos que tenía el concejo para las fiestas públicas, y de los que existen hoy descendientes en el mismo oficio, si bien no en la corte, y por no estar dotados por la villa, tocan en las romerías de los pueblos de la provincia. Detrás de todos seguía la TARASCA, máquina de madera montada sobre ruedas y conducida por hombres que iban dentro, la cual representaba una monstruosa serpiente con muchas cabezas de movimiento, que, según dice Terremos en su diccionario, manifestaba la idolatría arruinada por el Santísimo Sacramento cuya fiesta se celebraba al otro día. El erudito Covarrubias en su Tesoro de la lengua castellana, dice: que la Tarasca era una sierpe contrahecha, y que los labradores cuando iban á las ciudades el día del Señor, se quedaban abobados viéndola, y que si se descuidaban solían los que la llevaban alargar el pescuezo y quitarles las caperuzas de la cabeza, razón por la que quedó el proverbio, para los que no se hartan de alguna cosa, que no es mas echarla en ellos, que echar caperuzas á la Tarasca.

Por presidente de esta comparsa iba un sacristán ó monaguillo de la parroquia, con una vara de palio en la mano, y según otros con un cetro, acompañado de otros dos monaguillos que vestidos con unas dalmáticas azules y encarnadas, á rayas, tocaban, á compás, unas campanillas. De esta suerte se recorría la carrera (2) que debía llevar

la procesion, avisando á los vecinos que adornasen las casas y señalando los puestos donde se habían de colocar los muchos altares que para la estación tenían que poner las iglesias por cuyos distritos había de pasar. Luego que acababan de andar la carrera, en cuyo tránsito la TARASCA había hecho sus habilidades, ya cogiendo la infinidad de muchachos que la seguían, ya derribando los sombreros á los pasajeros que se embobaban, y que el Mogigon había dado sendos vegigazos, se paraba la comparsa enfrente de Santa Maria, y en el tablado preparado para el *Auto Sacramental*, empezaba la danza, que venía á ser una pantomima en que los ángeles peleaban con los diablos, que eran los que vestían de moro, quedando estos vencidos al fin por el ángel San Miguel que terminaba el baile cortando la cabeza á Mahoma, al que representaba un monigote, vestido de moro que se quemaba en seguida con mucha algazara. En un lado del tablado estaba el Mogigon con una vara de la que pendían dos higos, y debajo una infinidad de muchachos saltando para cogerlos con la boca, lo que era muy difícil por que el Mogigon pegaba en la vara repetidos golpes con otro palo, y los higos saltaban continuamente sobre la boca de los muchachos, juego que hoy se usa todavía en carnaval.

El paseo de este día era la carrera que había de llevar la procesion, la cual estaba entoldada, como se pone en el día, y la gente se agolpaba á la puerta de Santa Maria, á ver las danzas. En las calles había muchos puestos donde se vendían *confites del Sacramento* y *bolas del Mogigon*. Los primeros eran una especie de caramelos que tenían la figura de una estrella, de los cuales los jóvenes nobles hacían provision para obsequiar á sus damas á quienes era costumbre regalarlas en este día, y los segundos eran unas tortas redondas parecidas á los botonazos del vestido del Mogigon, los cuales compraba la gente ordinaria para empaparlos en vino, y comérselos de este modo.

Al siguiente día muy de mañana todos, en particular los jóvenes de ambos sexos, se dirigían al templo de Santa Maria á ver la *Tarasquilla*, el *Tarascon* y los *Gigantillos*. Estas eran figuras de madera, las primeras sentadas en un sillón que llevaba acuestas la Tarasca y las otras figuras colosales que seguían á la Tarasca, las cuales puede decirse eran los figurines de la moda en el vestir que había de haber en aquel año. Las modistas, que entonces tenían el modesto nombre de *sastras* ó *costureras* de mugeres, y los sastres como entonces estaban reunidos en cofradía, en vista de las modas extranjeras, que por desgracia ya empezaron á tomar por modelo, que traían los señores que venían de viajar, ó de los trages de algunos forasteros ó extranjeros que llegaban á la corte, acordaban el traje con que había de vestirse á las Tarascas, y por turno, les vestían, poniendo, por decirlo así, en aquellas figuras el figurín de la moda reciente. Los peluqueros, del propio modo, acudían con sus pelucas y prendidos para fijar el gusto del nuevo peinado. Como estos artifices eran los que habían fijado la moda, no se descuidaban en tener este día en sus tiendas las prendas que habían de gastarse, y puede decirse era el agostillo de sastres, modistas y peluqueros, pues inmediatamente se llenaban sus casas de parroquianos que les pagaban el género á su gusto, no teniendo los peluqueros suficientes manos para *entarascar* á tanta damisela como les llamaban. A la costumbre de peinarse según estaba la *Tarasca*, alude Vargas en la siguiente estrofa:

«Como tomastes, Aldonza,
De la Tarasca modelo,
Por eso llevas el pelo
Con trenzas de gerigonza.»

los monaguillos con este traje y campanillas, y acompañados del tamboril y la gaita recorriendo la carrera que ha de llevar la procesion.

(1) En el pueblo de Getafe, á dos leguas de Madrid, se dá todavía este nombre al botarga ó payaso que guía la danza en sus fiestas.

(2) En las fiestas de Minerva ó procesiones que salen todos los años de las parroquias de esta corte, la víspera van por la tarde

En estos años pasados oímos cantar á las carabancheleras una seguidilla que trae la tradición de la Tarasca de Madrid y por lo mismo tuvimos el gusto de escribir; dice así:

Si vas á los Madriles
Día del Señor,
Traeme de la Tarasca
La moda mejor.
Y no te embobes
Que han de darte en la cara
Los Mogigones.

El Mogigon del Corpus
Me dijo, madre,
Si quieres tener hijos
Seré su padre.
Y yo enfadada
Me aparté de la danza
Descuñolada.

Los padres, los maridos, y los novios eran las víctimas en esta solemnidad, puesto que las jóvenes asestaban á los primeros y aguardaban de los segundos alguna cosa que les recordase durante el año la Tarasca del Corpus, de suerte que en cuanto á trages podía llamarse aquel día *la feria* de Madrid.

A las diez de la mañana, hora en que ya estaba vistosamente colgada la carrera, y encendidos los altares que las iglesias, ó la devoción de los fieles, había colocado en ella, salía la procesion de la parroquia de Santa Maria. Precedía á ella el Mogigon con la danza de los moros, estos bailando, y aquel dando á diestro y siniestro vegigazos al que se descuidaba, despues seguian los monaguillos con las campanillas, el tamboril y la gaita: tras estos iba la Tarasca conduciendo sobre sus espaldas la Tarasquilla y el Tarascon, tras de cuyos trages se iba la vista de los jóvenes que los enseñaban á los que podian entarascarlos; seguian á la Tarasca los gigantillos morunos, y á estos un carro plano en el que iban los farsantes que habian de representar el auto sacramental, haciendo mil pantomimas que divertian al pueblo tanto como la Tarasca: luego seguian los atabales y trompetas: los huérfanos de la villa cantando; los pendones, estandartes, y cruces de las parroquias; las comunidades religiosas por orden de antigüedad; la cruz de la iglesia mayor; la clerecia de Madrid en medio de los caballeros de las cuatro órdenes militares, estos con sus hábitos; al lado derecho seguian los consejos de Indias, Aragon y Castilla (despues tambien el de Portugal) á la izquierda los de Hacienda, Ordenes, Inquisicion é Italia: 24 sacerdotes con hachas, la real capilla con su guion; tres sacerdotes con capas, llevando el de enmedio el báculo del arzobispo, que venia detras; los pages del rey con hachas: una danza de ángeles; las andas del Santísimo Sacramento; la villa con el palio; el rey y real familia; y detras de él los prelados, grandes de España, embajadores y títulos de Castilla, concluyendo la procesion la guardia de honor del rey.

Luego que entraba la procesion, subian los farsantes al tablado que les estaba preparado, y unas veces con coros de música, y otras sin ellos, representaban algunos misterios ó autos sacramentales, hasta el anochecer que se reservaba al Santísimo. Por la tarde era la vela de las señoras, las cuales acudian tapado el rostro á la iglesia con una antorecha de mucho lujo encendida, y hacian oracion al Santísimo, no sin que algun escándalo produjesen en su fingida ó verdadera oracion, pues los jóvenes por requebrarlas mas que por piedad, las acompañaban en la vela y algunas veces solian ocurrir en la misma iglesia lances desagradables.

Cuando Felipe II se dirigió al arzobispo de Burgos en 1573 sobre los excesos que se cometian en la Semana Santa, segun manifestamos en nuestro artículo de marzo úl-

timo, debió hacer referencia á las irreverencias que se cometian tambien el día del Corpus cuando habla de procesiones, lo que creemos, por constar por otro documento que poseemos, que en este mismo año se prohibieron las danzas de hombres y mugeres en las procesiones, quedando solo de hombres y niños haciendo de ángeles á quienes representaban las mugeres; se prohibió á las mugeres el hacer la vela al Santísimo por la tarde y por la noche, y mandó se quitasen de la puerta del templo y de la carrera por donde iba la procesion, las confiterías ambulantes. Poco mas adelante á principios del reinado de Felipe III se mandó que no fuese la Tarasca en la procesion para evitar irreverencias, y se quedaba á la puerta de la iglesia, y en el de Felipe IV concluyeron los misterios ó autos sacramentales y las danzas, que solo se repitieron el año de 1625 con motivo de hallarse en Madrid el principe de Gales que asistió á la procesion. A pesar de lo escandaloso, impropio é indecoroso de las espresadas estafalarías y profanas escenas, hubo mucha oposicion en Madrid por parte del pueblo y aun del clero para quitar del todo estas grotescas costumbres.

Si en lo antiguo, como hemos consignado, se celebró en Madrid la festividad del Corpus con tan singular aparato, la hermosa ciudad de Sevilla religioso-festiva por excelencia, se distinguió siempre en esta solemnidad, y muy particularmente en los siglos XVII y XVIII, época de su mayor ostentacion religiosa. Del mismo modo que en Madrid, precedía á la procesion la famosa TARASCA, máquina colosal de pasta y de madera que figuraba un monte sobre el que descansaba una enorme serpiente alada con siete cabezas en representacion de los siete pecados mortales; sobre este monstruo, se elevaba una torrecilla de dos cuerpos, y sobre ella una figura bifronte á la que denominaban TARASQUILLA, vestida á la moda, de varias y vistosas telas, la cual saltaba y hacia mil grotescos movimientos á impulso de los hombres que debajo del figurado monte conducian la espresada máquina. A esta seguia el PADRE PANDO, y la madre PAPA HUEVOS y los dos PANDILLOS, figuras grotescas con cabezas grandísimas, cada una de ellas conducida por un hombre que miraba por la boca de su figura. Los Pandillos llevaban en las manos el látigo y pandero que tocaban, y ella una varita y un gran abanico que agitaba continuamente. Despues de esta estafalaria familia, seguian seis gigantes que eran unas figuras de pasta de cuatro á cinco varas de alto, componiendo tres parejas de hombre y muger, la ultima negra. Estos gigantes vestian ropa talar, y de medio cuerpo arriba al estilo de la moda que se usaba ó queria introducir en el traje, esmerándose los peluqueros en los peinados. A estos gigantes, llevados por hombres, que bailaban en la catedral y en varios puntos, por lo que se decía *danza de los gigantes*, acompañaban un tamborilero que les hacia son, y dos hombres enmascarados, denominados *Mojarrillos*, vestidos de arlequines, con una vara en la mano en la que llevaban atadas tres vegigas para dar con ellas á los muchachos que se quedaban embebecidos al mirar los gigantes. Seguian despues cuatro carros muy adornados que conducian cómicos representando autos sacramentales, y despues venian los estandartes de las cofradías, entre las que se distinguian los pasos de San Diego de Alcalá, de Santa Justa y Rufina y de la Virgen de los Reyes, conduciendo este la hermandad de San Mateo que llevaba por guion un estandarte que la regaló el rey San Fernando. Otro paso del Niño Jesus, era conducido por la cofradía del Sagrario de la Catedral, y á esta seguian las doce comunidades de los estinguidos religiosos regulares que había en Sevilla, y las 25 cruces de las iglesias parroquiales de la ciudad. Despues del juez de la catedral, con su juzgado, al que seguia el vicario con todos los clérigos de las parroquias, iban trece, y aun van hoy tres pasos, llevados por sacerdotes en los que van varias reliquias de San Leandro, de la corona de espinas y lig-

una *crucis*, y detrás del último, seguía una de las danzas de niños vestidos de gerigonza por el conejo, los que al son del tamboril, bailaban acompañándose con palillos como nuestros danzantes. Entre los *veintenes*, capellanes de coro y beneficiados de la universidad que seguían, se veían las otras tres danzas de las que la una tenía espada y tamboril, otra vihuelas y la última palillos y clarinete. Delante de la custodia (1) que vá rodeada por doce clérigos con ornamentos del sacerdocio, van los beneficiados, el cabildo de la santa iglesia con el preste ó el prelado de pontifical; los colegiales con grandes cirios, la capilla de música y los *seises* cantando motetes y bailando en algunos puntos, imitando en esto á los antiguos danzantes que bailaban delante del Santísimo. El tribunal de la inquisición y el ayuntamiento cerraban con la tropa la procesion, pero hoy solo este es el que preside. Los escándalos á que dieron lugar la representación de los autos y los *Gigantones* y *Tarasca*, hicieron que se suprimiesen los primeros en 1763 y los segundos en 21 de julio de 1780, así como las cuatro danzas referidas, quedando hoy solo la de los *Seises* que no dejó de sorprender á los madrileños que por primera vez van á Sevilla á ver esta festividad, que fuera de lo espresado y de las comunidades religiosas, se celebra casi del mismo modo que hemos descrito. Las calles en lo antiguo se cubrían, además de los toldos, con grandes piezas de ricos damascos, de cuyo lujo quedan aun residuos. En el trascoro de la catedral se coloca todavía un rico altar de plata para celebrar los oficios, y delante de la gran puerta se pone una colgadura de terciopelo carmesi que consta de 3.038 varas, con galon de oro fino por guarnicion, y del mismo género en la colgadura de la calle y las columnas de la nave mayor, acercándose el valor de las espresadas colgaduras á un millón de reales, sin contar los ricos y recamados frontales de las andas de la custodia. Y en fin en 1778 se estrenaron los churriguerescos, pero ricos bancos dorados y forrados de terciopelo carmesi, que se colocan en este día para el cabildo en el trascoro.

Pasando á hacer una reseña de esta festividad en la antigua é imperial ciudad de Toledo, que fué corte de nuestros reyes, empezaremos por decir que en la procesion del Corpus, se representaban tambien autos sacramentales segun consta en sus archivos (2). Las figuras monstruosas fueron en los siglos antiguos, como en las demas partes, el adorno grotesco de esta solemnidad, y aun se conservan en su catedral las siguientes que todavía suelen salir de vez en cuando, con motivos especiales y de festejos reales, á recordarnos las estrañas ideas de nues-

(1) Esta custodia, que pesa en el día cuarenta y tres arrobas, doce libras, y cinco onzas y seis ochavas de plata, es obra del famoso platero español Juan Arfe, quien la describe en un folleto que publicó en Sevilla el año 1587 en que la concluyó. Se compone de cuatro cuerpos, con veinte y cuatro columnas en cada uno: el primero del orden jónico, el segundo del corintio, el tercero y cuarto del compuesto, y toda llena de infinitud de estatuitas y de adornos alegóricos, del mejor gusto plateresco. En 1668 el platero Juan Segura, por orden del cabildo, quitó la estatua de la Fé que la coronaba, y poniéndola en otro sitio de la custodia, colocó en su lugar la de la Concepcion, haciendo otras variaciones que desfiguraron algo el bellissimo dibujo del inmortal Arfe, al que jamás llegó Segura. El viril colocado en el segundo cuerpo es de oro y de piedras preciosas.

(2) Consta en los archivos de Toledo, segun el literato Magan nuestro amigo, de quien tomamos la noticia, que en 1561 se dieron al famoso Lope de Rueda, ciertas cantidades á cuenta del precio en que se concertó con él la fiesta de los autos del Corpus, y que consta siguieron á Rueda en estas representaciones, nuestros antiguos cómicos, Alonso Cisneros, Cristóbal Navarro, Melchor Herrera, y otros. El espresado Navarro representó tambien en Madrid en los autos del Corpus en 1563, como aparece en un documento que poseemos.

tros antepasados. Es una de las estatuas de carton llamadas los *GIGANTONES*, la célebre *TARASCA* figurada en un serpiente, con la cabeza y boca movable que asusta á los chiquillos y castiga á los que se emboban á su vista: el objeto de esta sierpe dicen ser el representar á la bestia del Apocalipsi, y encima lleva una muger perfectamente vestida, llamada *Ana Bolena*, que baila al impulso que la dan los hombres que llevan la máquina, bajo la cual se oculta. Uno de los gigantones, representa al famoso Cid Rui Diaz de Vivar, con la espada desenvainada, otros dos menores denominados *Gigantillos* y cuatro del tamaño del primero que representan las cuatro partes del mundo ofreciendo á Dios sus producciones. (1) La vispera de la festividad por la tarde, se recorre la carrera por ministros de justicia seguidos de un práctico, que con una gran vara ve si los toldos están á la altura necesaria para que no toque en ellos la custodia famosísima que se saca (2), y se cuelgan todas las fachadas con ricas telas, adornándose los balcones con multitud de enramadas, macetas y ramos de flores que embalsaman la atmósfera. Poco de particular ofrece hoy la procesion, si exceptuamos su rica custodia y carro en que se lleva, su manga y cruz de catedral de plata, llevada en andas por su gran peso, y sus ricos ternos y alhajas; pero ofrece la singularidad de que delante de la custodia, van doce niños de coro ricamente vestidos de ángeles alumbrando con cirios.

Hemos hablado de esta festividad con relacion á la corte, Sevilla y Toledo, y vamos á hacerlo de Valencia, en cuya poblacion, por el festivo genio de sus habitantes, es en donde, no solo no han podido desterrarse aun las figuras grotescas, sino que se hacen á lo vivo, por hombres, muchos pasos de la Escritura, razon por la que van á divertirse á esta festividad muchas gentes de todas las partes de España y no pocos estrangeros.

Celebra la procesion del Corpus Valencia desde el año 1548, en que ocurrió el prodigio que por menor se declara en el libro titulado «plano histórico y disertacion de la

(1) Los gigantones de Toledo actuales, que son de pasta y se conducen por hombres metidos debajo, fueron llevados allí de Barcelona en 1755, y Carlos III por su ley recopilada, mandó que no se sacasen en la procesion, orden que alcanzó á las grotescas figuras de los demás pueblos de España por entonces.

(2) La custodia de Toledo es toda de plata y oro y tiene de peso seiscientos noventa y cuatro marcos y seis libras. Es obra del célebre platero y escultor alemán Enrique de Arfe y Villafañe, abuelo del famoso platero Juan de Arfe, autor de la de Sevilla, y distinguido escritor. Se la mandó hacer en 1515 el inmortal arzobispo cardenal Cisneros, pero aunque se encargó de ella en 1516, no la empezó hasta el siguiente, y la concluyó en 1524, ascendiendo todo su trabajo á un millón treinta y tres mil trescientos cincuenta y siete rs. Además tiene la custodia cincuenta y siete marcos de oro purísimo de América, en el viril, el cual compró á la testamentaria de la reina Católica el espresado Cisneros. En 1594, la doró el platero Francisco Merino, y en 1599 se puso en el estado en que hoy se halla, por orden del arzobispo archiduque Alberto. La altura de la custodia es de tres varas, su forma exágona, del gusto gótico y llena de estatuitas, columnas y adornos. El viril está encajado de perlas y piedras preciosas de gran valor, y rematan sus tres cuerpos con una cruz de oro en la que están incrustadas ochenta y seis perlas. El suntuoso carro sobre que se lleva, fué construido en Leon en 1781 por don Bernardo Miquelez, y su maquinaria está tan bien entendida, que á pesar de la desigualdad del piso de la calles siempre va derecha la custodia. Durante su octava, la sostienen cuatro ángeles de plata de una vara de alto, y cubierta por un riquísimo dosel de tisú que fué de los reyes Católicos, á cuya testamentaria lo compró Cisneros en 1517 por cuatrocientos mil maravedises, valiendo novecientos mil. Los escudos de armas reales y la empresa de TANTO MONTA que tomaron estos reyes, están de recamado de oro en los paños de brocado del dosel que cubre el retablo mayor.

procesion del Corpus que celebra Valencia, impreso en esta ciudad en 1780» y desde entonces se ha verificado del mismo modo que en el día, si exceptuamos la representación de los autos sacramentales, y algunas gigantescas y estrafalarias figuras que solían sacarse además de las que hoy llevan.

Se anuncia la festividad la víspera, colocándose en la plaza de la catedral seis enormes carros triunfales á los que denominan ROCAS, ricos en adornos churrigueroscos y esculturas, y cuya elevación es tal, que llegan á los pisos segundos. En el mismo puesto, se ponen ocho GIGANTES de 13 pies de altura cada uno y ocho ENANOS, figuras todas de cartón y madera, formando cada dos gigantes, de distinto sexo, parejas en representación de las cuatro partes del mundo con sus atributos, las que ofrecen adoración al Santísimo, y del mismo modo los enanos para espresar, que hasta en el país mas remoto y pequeño, ha penetrado la clara luz del Evangelio.

La tarde de este día, sale de la espresada plaza un capellan de la catedral montado en un caballo, enjaezado con mucho lujo, á recorrer toda la carrera que ha de andar la procesion, saludando con su sombrero en la mano á los vecinos, como convidándolos de oficio, á la festividad. De acompañamiento del referido capellan, van á pie dos procuradores sindicos de la ciudad, y detrás de estos, siete payasos enmascarados con careta negra y banderas en las manos, precediendo á un hombre vestido de matrona regia con careta blanca, corona en la cabeza y cetro en la mano, en representación tal vez, de la ciudad, ó de la Virtud, como dice el vulgo. Estas máscaras van ejecutando una danza al son del silbo y del tamboril, y como las siete negras representan á los pecados mortales, figuran perseguir en su danza á la virtud, que para probar su firmeza, no deja de saltar en toda la carrera aun cuando descansen sus enemigos.

Luego que anochece, se sitúa en la plaza en donde están los gigantes y demas que hemos citado, una música militar que está tocando hasta la media noche, y allí se encuentra la mayor parte de la poblacion en alegre y festiva serenata, bailando al son de la música, aplaudiendo y dando gritos de alegría.

El día del Corpus amanecen las calles de Valencia perfectamente entoldadas, y las casas ricamente colgadas y adornadas de flores y ramos siendo la carrera un delicioso paseo. Entre el ruido del repique general de todas las campanas de la ciudad y del estruendo de los cañones de la ciudadela sale la procesion en el orden siguiente.

Primero: un carro ó roca en que va la Santísima Trinidad; el Padre de venerable anciano, el Hijo con sus atributos y el Espíritu Santo en forma de paloma, viéndose en la delantera á Adán y á Eva como confundidos á la vista del Todopoderoso, y detrás de ellos el Angel con espada en mano echándoles del Paraíso. Este carro y los demas van tirados por cuatro ó seis mulas ricamente enjaezadas, con una bandera cada una y guiadas por los carreteros de Valencia que tienen el deber de engalanar y llevar sus mulas á esta fiesta. En el segundo carro va la patrona de España, Nuestra Señora de la Concepcion, y á fin de simbolizar á la inocencia, van detrás del carro una porcion de niños vestidos de blanco bailando y haciendo escenas mimicas para manifestar su cometido. El tercer carro es el de la Fé, en el cuarto

se vé á San Vicente Ferrer, patron de Valencia, y en el quinto el arcangel San Miguel con el demonio á sus pies. Detrás de estos carros van niños vestidos de ángeles bailando al son de la dulzaina del país y acompañándose con las castañuelas. Siendo dedicado el sexto carro al Dios infernal Pluton, representado por la figura de Mahoma, van bailando detrás de él, los siete pecados mortales de que hemos hablado.

Los gigantes y enanos, siguen conducidos por hombres metidos debajo, y á estos las figuras de todos los principales personajes de la Escritura figurados al natural: por lo tanto se vé allí á David delante del arca de la alianza, bailando al son de su harpa; á la bella Judit llevando en su mano izquierda la ensangrentada cabeza de Holofernes y con la espada desnuda en la derecha; al bello Tobias con un pez verdadero en la mano derecha; á los doce Apóstoles conduciendo los instrumentos de su martirio y á otros santos personajes con sus atributos. Después de estos cómicos religiosos, viene una grande águila dorada, de madera, por cuyo vientre lleva metida la cabeza el hombre que la conduce, y del pico sale un listón con el lema del Evangelio: *in principio erat verbum, etc.* Sigue después en representación de San Juan otra águila igual llevando en el pico una blanca paloma viva, atada con lazos de color de rosa, espresando ser el Espíritu Santo que habla por la boca del evangelista. Delante del paso anterior, vá un angel en representación de San Mateo, y detrás una cabeza de toro y otra de leon, conducidas del mismo modo que las águilas, simbolizando á los otros dos evangelistas San Lucas y San Marcos. Las cofradías con sus guiones y estandartes, el clero y el cabildo con ricos ternos y llevando las alhajas y preciosos relicarios de la catedral, siguen después, y muchos niños vestidos de ángeles y las músicas, preceden á la preciosísima custodia, si bien no tan rica como las de Toledo y Sevilla, que es conducida por los dignidades de la catedral y seguida de un riquísimo palio, y de la tropa de la guardia que no cubre la larga carrera que se tarda en andar mas de cuatro horas.

No se crea que los festivos valencianos se contentan con que esta festividad dure solo la víspera y día del Corpus que acabamos de describir, sino que las prolongan por ocho días, repitiéndose casi lo mismo en cada uno de los de la octava, en los que se suspenden todos los trabajos y hasta los negocios públicos. Todas las noches se iluminan las calles, y la diversion está en las en que viven los CLAVARIOS, que son algunos potentados de la ciudad que tienen este privilegio, y cuyas casas se adornan é iluminan, á porfía, con la mayor ostentacion. Los clavarios sitúan una orquesta en sus casas, y á la puerta de ellas se verifican bailes públicos que duran por lo general hasta el amanecer. En atención á la mucha gente que se emplea en esta procesion y al tiempo que dura esta festividad en Valencia, la tenemos por la mas popular y festiva del orbe cristiano, y por lo tanto no es de extrañar acuda á ella tanta gente de todas partes. Mucho sentimos no poder estendernos á hablar de esta solemnidad en las demas capitales de España por no alargar mas este artículo; pero teniendo ya hecho este trabajo, le ofrecemos á nuestros indulgentes lectores para el año que viene en igual fecha.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS.



ESTUDIOS LITERARIOS.

DESASTRES DE UN DESAFIO.

EL ÚLTIMO DE LOS O' CONNOR.



A benéfico impulso de la civilización han desaparecido casi del todo, las góticas costumbres de la edad media, las bárbaras preocupaciones con que los vándalos del Norte dieron cierta fisonomía feroz á las sociedades europeas que nacieran, consumado el gran cataclismo de la destrucción del gigantesco imperio de los Césares. El fecundo cristianismo, su moral augusta y el escésivo desarrollo del entendimiento humano han ido desmenuzando, digámoslo así, aquellas costumbres de hierro, tan ásperas é inflexibles como las armaduras y carácter de los feroces invasores del imperio romano. Pero como si en medio del progreso y perfectibilidad de que es susceptible el linaje humano, la Providencia quisiera que bajo este punto subsistiese una muestra permanente de la escasez de nuestros recursos, la pequeñez de los esfuerzos de los hombres, en el seno de la civilización en que vivimos, la voz elocuente de los filósofos, las graves disposiciones de los legisladores y la energía de los gobiernos en ciertas épocas, han sido impotentes para destruir la mas bárbara y absurda de aquellas costumbres, que sustituyendo el imperio brutal de la fuerza al suave y benéfico de la ley, ha ensangrentado las páginas de la historia de las naciones civilizadas, sembrado la horfandad y el desamparo en las familias mas dignas, y privado á la patria de los esclarecidos servicios de ciudadanos ilustres. Bien se alcanzaria á nuestros lectores, aun cuando no lo diera á conocer el epígrafe de este artículo, que hablamos de la triste costumbre de los desafíos.

En vano se ha demostrado que la razón, la justicia, el honor y delicadeza, ninguna relación guarda con un lance que solo deciden la astucia y la fuerza y muchas veces los caprichos de la fortuna. En vano la religión y la moralidad protestan muy alto contra lo que al fin es un homicidio: en vano, en fin, se han fulminado graves penas, contra los que así faltan á todas las leyes divinas y humanas. Pero conócese la exactitud de ello; y no hay persona, siquiera no esté dotada mas que de un mediano sentido común, que en la región de los principios no condene tan absurda costumbre, y señale con los caracteres mas abominables, el hecho con que por lo mas fútil é insignificante á veces se pone fin á una preciosa existencia, y el hombre de bellísimo corazón es víctima acaso de un antiguo amigo, ó de uno de esos insolentes provocadores á quienes debería hacerse la sociedad un deber de mirar con el mas profundo desprecio. Una vida que se debe á Dios, á

la patria y á la familia, se sacrifica quizás en manos de un aventurero.

Y sin embargo en la práctica, en el terreno de los hechos el hombre cuyos principios condenan el desafío, suele dejarse arrastrar por tan funesta costumbre ¿Será que un sentimiento de venganza ofusca su razón y prevalece ante todas las consideraciones y ante los sagrados impulsos del deber? Podrá ser esta la causa del desafío en almas pequeñas y mezquinas; pero ni este es el funesto móvil por punto general de esos sangrientos lances, ni el hombre por otra parte se resignará con buena voluntad á correr los graves azares de un duelo por la satisfacción de un pequeño resentimiento del amor propio mas ó menos lastimado. En el curso de la vida devoran muchos hombres en el silencio mil resentimientos profundos, agravios mas ó menos fundados inherentes al choque de intereses que por desgracia nos dividen, harto frecuentes, señaladamente en días de disturbios políticos; y vemos sin embargo que esos mismos hombres no saben prescindir de un desafío el día en que por lo mas insignificante se vean en un compromiso. La causa, pues, de que esa bárbara costumbre no haya desaparecido, de que ese asqueroso lunar manche todavía el brillante y matizado cuadro de nuestra civilización no es el resentimiento, la venganza que olvidan con facilidad las almas nobles y generosas, no la reparación de la honra que cuando es pura y sin mancilla y responde de ella una acrisolada conducta, no la alcanzan los tiros del calumnioso é impostor, ni las provocaciones del indiscreto y destemplado: es como todos sabemos, la tiranía de la opinión, las absurdas exigencias de esta en la materia de que hablamos.

La opinión que debiera mostrarse favorable al que haciéndose superior al agravio supiera olvidarlo, ó por la poca gravedad del mismo no lo juzgara digno de vindicarlo ante la ley, única que puede y debe ser árbitra entre las diferencias de los hombres, por un contrasentido que es una elocuente muestra de la pequeñez de nuestro orgullo, mortifica con el derretido plomo del desden y del sarcasmo al desgraciado que hallándose en el duro trance de optar entre el satisfacer esa preocupación funesta, y la conservación de una vida en extremo interesante, á veces, se decide por lo último.

El siglo actual que tantos inciensos se prodiga, que blasona ser el del progreso y de las luces, que en su sentimentalismo aspira á borrar aun por los crímenes que mas íntimamente conmueven el corazón y la sociedad, la pena capital, que tan avaro se muestra del derramamiento de sangre, que anatematiza la guerra, que pone continuas trabas y cortapisas al ejercicio del poder para evitar la mas ligera tropelia, el mas insignificante sufrimiento, el siglo actual que en sus tendencias humanitarias acaso dará con esceso el triunfo al individualismo, ¿cómo puede tolerar esas tristes luchas, esos suplicios, que suplicio es un desafío, en que hace el papel de inexorable verdugo esa tiránica opinión? ¿Cómo no modifica sus absurdas creencias en este punto? ¿Cómo en medio de ese culto respetuoso por la ley, con razón proclamada la única soberana de los hombres, se tolera, de aplaude una costumbre que es la infracción de todas las leyes? ¿Cómo creyéndose ilustrado y filósofo no condena severamente el mayor de los absurdos? Ciertamente que no ha dejado de corregirse algo la opinión

en este punto, y acaso no ha sido del todo vano lo mucho que se ha declamado contra tan bárbara costumbre en medio de la civilización. Los esfuerzos que se hacen para proscribir aquella, los medios que se proponen y se trata de ensayar en los países en que se halla mas arraigada, son indicio no despreciable de que tal vez un día se conseguirá extinguir la preocupación funesta que hasta ahora ha resistido con tenaz empeño los adelantos de la razón. Ya un respetable general francés cuyos ascensos adquiriera derramando su sangre en los campos de batalla y cuyas glorias están enlazadas con las del imperio, no ha mucho despreció un cartel de desafío con que un irreflexivo joven oficial le provocara, contestándole que no podía disponer de una vida que mil veces había espuesto en defensa de su patria, pero de la que pendía hoy día el porvenir de sus hijos. El bravo general juzgó muy bien que la vida debe sacrificarse cuando consideraciones de un orden elevado así lo demandan: cuando el cumplimiento del deber así lo impone, pero que el porvenir y felicidad de sus hijos valían algo mas que el satisfacer á un mozalvete: que la vida no se pierde por una miserable rencilla. No todos sin embargo se hallan en posición tan ventajosa como la del valiente general cuyos antecedentes le dispensaban de desvanecer sospecha alguna de cobardía: no así supo resistir la tiranía de la opinión haciéndose superior á la preocupación funesta el último cuanto desgraciado vástago de la familia de los O'Connor, una de las mas ilustres de Irlanda, aun cuando consideraciones de sumo peso debían haberle retraído de acceder á un lance que atendidas las circunstancias de los contendores hacia indeclinable el trágico suceso que nos ha sugerido las anteriores reflexiones. La historia del desgraciado lord es tan triste como interesante: sus detalles aunque envueltos en la forma de la novela, son harto ciertos en el fondo y parten el corazón.

Hacia algunos años que el joven William O'Connor habitaba la casa de sus ilustres predecesores, el castillo de O'Connor magnífica morada cuyos góticos torreones y paredes ennegrecidas por el tiempo atestiguan aun la nobleza y antigüedad de esta familia. Muy temprano perdió á su padre William, creciendo bajo el ojo vigilante de su madre; y jamás hijo alguno fué mas tiernamente amado. No es que estuviera exento de defectos; pero hacían olvidar las sobresalientes cualidades que de otro lado le adornaban. Era franco, leal; y la generosidad de su corazón no tenía límites. Sus faltas por otra parte eran propias de su edad; era atolondrado, y dejábase dominar de un espíritu aventurero que le ponía delante en cualquier peligro.

El día en que el joven William llegó á la mayor edad se celebró con gran festividad en el castillo. Los alegres sonidos de la zampoña se hicieron oír muy de mañana en las avenidas del castillo, y pronto se vió desfilar un numeroso cortejo compuesto de los aldeanos de los alrededores. Los paisanos llevaban grandes ramilletes, y entrando por la puerta principal saludaron al joven lord con sus estrepitosos *hourras*. Estas demostraciones eran vivas y sinceras; la alegría brillaba en todos sus semblantes, porque William era muy querido de todos los vecinos. Habíanse hecho preparativos para recibirlos debidamente. En medio del patio de la casa veíanse toneles de cerveza fuerte, y en los jardines se habían colocado largas mesas que estaban cubiertas de manjares y frutas. Entonces los huéspedes del castillo se colocaron, formando un círculo, y las voces de: «viva O'Connor: viva el lord del castillo,» se hicieron oír de nuevo con mayor fuerza. Estas voces anunciaban la llegada del héroe de la fiesta: O'Connor entró en el círculo trayendo un vaso, apretó la mano á cada uno de los concurrentes y bebió á la salud de todos; en seguida puesto á la cabeza del cortejo, acompañó á los convidados al sitio en que estaba preparado el banquete. La comida fué digna de la fiesta, y después de entusiastas

toasts á la prosperidad del joven señor, la orquesta dió la señal del baile en que todas las hermosas de las poblaciones cercanas desplegaron su gracia y su talento. No tardaron mucho sin embargo en disiparse los dilatados días de felicidad que todos aseguraban al joven lord, y las ilusiones que en aquellos momentos rodeaban al noble irlandés.

Tenia William un leal amigo, Jorge, que es el que ha facilitado estos detalles, que profesaba á aquel el cariño de un hermano; y que estaba sumamente prendado de William al ver la afabilidad y dulzura con que este acogía sus huéspedes mostrando una dignidad y gracia á la vez cual nunca se haya visto en ningún joven. William era de un talle lleno de elegancia, y su semblante tenía algo de español que daba mayor realce á la vivacidad y franqueza que le caracterizaban. El conjunto personal del joven lord fijaba tanto mas la atención de su buen amigo Jorge, en cuanto contrastaba notablemente con los gestos vulgares y repugnantes de un hombre de unos cuarenta años con quien estuvo platicando O'Connor. ¡Quién es ese hombre! decía para sí Jorge que por vez primera veía á aquel con William cuyos amigos conocía. Sentado en una silla tan extraño personaje, apoyando con marcada negligencia sus espaldas en la pared, contemplaba con desden los alegres aldeanos que dabanza á su alrededor. Su manera de vestir, aunque la de un elegante, mostraba cierta petulancia, y su semblante estaba cubierto de una enorme patilla y de un espeso bigote cuidadosamente peinado que caía hasta la corbata; admirado Jorge de aquel contraste y sobre todo de ver á William hablar tan largamente con semejante hombre, dejó á lady O'Connor que acompañada de Ana, la desposada de su hijo, hacia los honores de la fiesta y se acercó al joven lord. Este pareció como turbado al ver á su amigo y dejó luego el hombre con quien estaba conversando. Tomó luego William un aire risueño, nos dice Jorge, y me manifestó con misterio que aquel amigo era un personaje demasiado importante para que me pudiese decir su nombre en medio de fiesta tan alegre; después estrechándose la mano se mezcló en los grupos de los danzantes y evitó con tanto cuidado el hablarme durante el resto del baile que no pude una sola vez dirigirme á su persona.

Semejante respuesta y sobre todo aquel misterio habían con justa razón tenido desvelado toda la noche á Jorge, quien á fuer de buen amigo y á fin de calmar su honrosa zozobra, al día siguiente muy temprano pasó al castillo de O'Connor. William se disponía á hacer una escursión en el campo. Al ver á Jorge le habló de su madre que todavía estaba en la cama por la fatiga de la noche pasada, é invitó á su amigo á hacer una correría por aquellos alrededores para aprovechar lo apacible del día y el fresco de la mañana. Aceptó Jorge la invitación del joven O'Connor, versando al principio su conversacion sobre cosas indiferentes; pero al fin Jorge habiendo acordado el objeto que le había traído á ver á su amigo, tuvo ocasión de saber que la persona cuyos rasgos le habían llamado tanto la atención la noche anterior, no era mas que un jugador y un renombrado duelista. El nombre y apellido de este hombre, que existía todavía al ofrecer estos detalles el amigo del desgraciado William, no fué revelado por respeto á su familia; así le conoceremos ahora con el de Fitz-Gerald, como le llama Jorge, aunque no deja el verdadero nombre de ser conocido de la Irlanda, toda por que los deplorables hechos de ese aventurero habían sumido en la desesperación á mas de veinte familias y le dieran una triste celebridad. Por eso al oírle nombrar, Jorge no pudo menos de estremecerse y de reprobar vivamente á su amigo el haber hecho semejante conocimiento.

«Yo conozco su reputación, contestó William sonriéndose, pero sé tambien que Fitz-Gerald vale mucho. Indudablemente es vivo, arrebatado, pero en el fondo es excelente sugeto. Creedme, querido Jorge, es menester no fiarse de las apariencias; si examináis con imparcialidad

los hechos que han dado á Fitz-Gerald tan triste celebridad, convendréis de buen grado que la culpa no estuvo de su parte.

—Dios lo quiera, decía para sí Jorge. Por desgracia eran harto fundadas las sospechas que abrigaba este leal amigo.

Por otra parte continuó el joven O'Connor, yo no he buscado la amistad de Fitz-Gerald; la sola casualidad me hizo conocerle cuando mi último viage á Francia; allí le encontré y no me fué dado rehuir las invitaciones que me hiciera. Desde entonces una especie de intimidad ha reinado entre nosotros.

El mismo día y pocos instantes despues del regreso de William y Jorge, Fitz-Gerald fué á hacer una visita al castillo. Entró y se acercó á su amigo de una manera elegante, le estrechó la mano con efusion, y despues de conversar por algun tiempo le invitó á cenar.

«He reunido algunos amigos de París, dijo á William, venid, que pasaremos una noche agradable»; y despues dirigiéndose á Jorge le manifestó el deseo de que acompañara á quien entonces llamaba Fitz-Gerald el mejor de sus amigos. Jorge se escusó; pero él mismo nos confiesa que experimentó sin tardanza una especie de revolucion: aquel cuyas maneras le habian parecido tan vulgares y cuyo orgulloso desden le habia chocado vivamente, ya no le parecia el mismo hombre: un segundo exámen habia disipado sus primeras impresiones. El semblante de Fitz-Gerald nada habia perdido como es de suponer de ese aire comun que señaladamente le caracterizaba; su postura era del mismo modo estremada; pero pareció á Jorge que habia algo de atractivo en las maneras de aquel hombre: su urbanidad era de buen gusto, hablaba bien y su conversacion abundaba en sales picantes, en anécdotas originales cuyo interés aumentaba el modo de contarlas.

Todas las sospechas y temores de Jorge se habian pues, desvanecido; y al día siguiente al ir al castillo, ensanchando su corazon, esperaba volver á encontrar á su querido William en la misma disposicion de espiritu en que le habia dejado. ¡Engañosa esperanza! El momento por el que habia antes abrigado tan vivos temores, habia llegado por desgracia. Al entrar Jorge, O'Connor sentado junto á la chimenea, apoyada en la mano su cabeza en ademan meditabundo, parecia embebido en penosas reflexiones; á su lado tenia una mesa con el desayuno que no habia probado todavia; y mas allá sobre un pequeño velador, Jorge observó que habia papel, plumas, lacre, y una bugia encendida todavia. Jorge entró sin que le oyera William, y se acercó á este que estaba leyendo con mucha atencion un fragmento de una carta.

—¡Ah! sois vos, Jorge, le dijo el joven O'Connor; bien venido, justamente os he menester; porque temo mucho el haberme estraviado en un negocio de que no puedo salir bien librado sin el auxilio de un amigo.

—¿Qué os ha sucedido, William?

—Ni yo lo sé fijamente; respondió el joven lord como distraido. Todo lo que puedo decir, es que á seguida de una partida bastante animada, he dirigido algunas palabras á tanto vivas á Fitz-Gerald; yo no estaba en mí, el calor del vino abrasaba mi cabeza; Fitz-Gerald, al contrario, habia conservado la sangre fria, y me ha contestado con palabras duras que me han ofendido vivamente.

Jorge respiró, porque despues de lo que acababa de oír le parecia que O'Connor era el agraviado, y preveía por lo tanto la posibilidad de evitar el duelo que habia temido. Entonces Jorge sin pararse en la distraccion de su amigo, trató de comprometerle á no hacer caso alguno de las palabras de Fitz-Gerald.

—Despues de una comida en que no ha reinado la mayor sobriedad, le dijo, todas estas cosas se olvidan y dispensan; por otra parte, añadió, es menester que no olvidéis que en una querrela con Fitz-Gerald hay que apostar veinte contra uno que el resultado os seria fatal.

Estas palabras despertaron al joven lord.

—Por eso precisamente, respondió este levantando la voz no quisiera que él tuviese acerca de mí la sombra siquiera de la sospecha; Fitz-Gerald es el último de los hombres á quien haria concesion alguna en materia de honor; Jorge, soy el heredero de un hombre sin mancilla; leed, dijo, alargándole el fragmento de la carta que tenia á la mano, lo que acabo de dirigir á Fitz-Gerald.

El billete estaba concebido en estos términos:

«Tengo la honra de saludar á Mr. Fitz-Gerald y de preguntarle si las espresiones que ha tenido á bien dirigirme en la noche de ayer han sido proferidas con el designio de ultrajarme.

Soy, etc. WILLIAM O'CONNOR.

—¡Y bien! continuó, ¿qué pensais, Jorge? El buen amigo hubiese deseado retener la carta; pero hacia media hora que se habia mandado, y era forzoso resignarse á esperar la contestacion.

Jorge experimentaba la ansiedad mas viva; conocia la reputacion de Fitz-Gerald; sabia que éste fiero de su habilidad en la pistola, buscaba con afan ocasiones de crearse un nombre temible, y en ello cifraba su gloria y sus laureles. En semejante zozobra creia á cada instante oír el paso de un caballo que traia la respuesta, y ver entrar el correo encargado del fatal mensaje. En fin, el criado á quien se habia confiado la carta entró en el salon, y entregó á su amo la respuesta de que era portador. Estaba concebida en estos términos:

«Siento que las palabras que proferí ayer noche hayan parecido ofensivas á Mr. O'Connor. Mi intencion no fué de ningun modo el zaherirle; y me apresuro á llenar el deseo manifestado en su carta, rogándole que crea que no he conservado contra él especie alguna de animosidad.

«Soy, &c. FITZ-GERALD.»

—Bien. ¡Muy bien! exclamó O'Connor con efusion; ya lo veis, mi querido Jorge, haciendo alusion á la conversacion de la vispera anterior, vuestras sospechas acerca de Fitz-Gerald eran injustas.

Jorge le estrechó entonces la mano y le preguntó por la causa que habia dado lugar á las palabras que hicieran temer un duelo entre William y Fitz-Gerald. «La culpa era de este, dijo el noble lord; las diferencias nacieron con motivo de una dificultad que se habia suscitado en medio de una partida á l'ecarté.» O'Connor que habia ya perdido una suma considerable, habia interpretado en favor suyo, acaso de una manera sobrado decidida, uno de los juegos algo dudoso, y habiéndole contestado su adversario en términos poco mesurados, abandonó aquel el salon con la resolucion de pedir una explicacion á Fitz-Gerald al día siguiente. «Pero gracias al cielo, exclamó William con satisfaccion, todo está terminado; Fitz-Gerald se ha conducido galantemente. Asi, pues, Jorge, si os parece bien celebraremos el feliz desentace de este negocio, bebiendo dos ó tres vasos de sherry.»

Esta confianza debia salir cruelmente fallida. Vaciaron alegremente sus vasos William y Jorge, y así se pasaron algunos instantes en afectuosos desahogos, cuando vino á decirles un criado que una persona estrangera que estaba aguardando en la ante-cámara deseaba hablarles. «Hacedle entrar, exclamó William alegremente; así tendremos un convidado mas. Entonces un hombre de unos cincuenta años, de poco menos que mediana talla y de una figura envinada entró en la sala; sus maneras revelaban que era hombre de baja esfera. «Señores, dijo, os suplico que me dispenseis la libertad que me he tomado de introducirme aquí, sin haber tenido la honra de seros presentado. Soy el capitán M'Creagh, y vengo para decir dos

palabras á M. O'Connor. Sentaos, le dijo éste. Pero sin pararse en la invitacion, sacó el estrangero de su cartera una carta que entregó á O'Connor.

Jizguese de la sorpresa de los dos amigos: la carta era de Fitz-Gerald. Decia este á O'Connor que habiendo comunicado á un amigo la carta que recibiera por la mañana, este la encontró ofensiva; y que en consecuencia pedia una reparacion. La turbacion de Jorge fué extrema: dos veces leyó la carta fatal sin poder comprender su verdadero sentido, y dirigiéndose al capitan que se sonreia, le preguntó «si aquello era una engañifa.» No tal, contestó M' Creagh con sangre fria: el hecho es muy sencillo; mi amigo Fitz-Gerald ha sido insultado; y pide una reparacion. ¿Puedo esperar, M. O'Connor, una respuesta?»

Jorge se empeñó en hacer salir á O'Connor del salon y los dos entraron en el gabinete. William tomó la pluma y á las súplicas de Jorge, escribió á Fitz-Gerald que habiendo recibido una esplicacion suficiente estaba completamente satisfecho; que en cuanto á él no habia abrigado intencion alguna de zaherir á Fitz-Gerald; y que en consecuencia esperaba que así terminaria el asunto. La carta fué entregada á M'Creagh que partió al instante. «Es una engañifa», exclamó O'Connor muy pronto; mi carta de todos modos lo reparará todo. Os repito, querido Jorge, lo que otras veces os he dicho: Fitz-Gerald en el fondo es excelente sugeto, y no es pendenciero.» ¡Pobre jóven que mal conocia á Fitz-Gerald!

Habia sin embargo algo tan extraordinario en este asunto que Jorge hasta cierto punto participó de la confianza de William. Entraron en el salon en donde encontraron á lady O'Connor ó la señora del castillo, como la llamaban los habitantes de aquellos alrededores. Ana, la prima y desposada de William, estaba allí así mismo con el jóven O'Grady, pariente de la familia; y era señorita que por sus gracias y hermosura merecia tal vez ser comparada con esos raros modelos que nos han legado los pintores de Italia. Profesaba la mayor ternura á su desposado; educada con él, habia aprendido, digámoslo así, á amarle, y dentro de pocos dias los dulces lazos del himenóo debian unir el cariño de los dos interesantes jóvenes. A poco levantóse la hermosa Ana y suplicó á William que con el piano la acompañara, á cuya invitacion accedió con gusto William, comenzándose luego un pequeño concierto. Vinieron luego aquella conversacion y dulce intimidad que solo reinan entre aquellas personas que sinceramente se aman. William cerca de su madre y de su futura esposa habia recobrado todo su buen humor, mientras aquella anciana señora mirando amorosamente á su hijo se sonreia al propio tiempo con la jóven Ana que de vez en cuando fijaba con ternura sus ojos en el lord.

En tan interesante escena y dulces entretenimientos se acercó la hora de comer y disponiase la noble familia á pasar á la sala destinada al efecto, cuando un criado anunció otra visita, del caballero que por la mañana pidiera ver á O'Connor. Un instante despues salió Jorge para no dejar á su amigo. ¡Ah! sus temores iban á realizarse: William en presencia del capitan leia una carta que este acababa de entregarle, en la que Fitz-Gerald le denostaba con los epítetos mas insultantes, diciéndole que si procuraba aun suscitar nuevas dificultades él publicaria por todas partes su vergonzosa infamia, y que llevaria mas allá el ultrage, si se negaba O'Connor á dar la satisfaccion á que decia tener derecho.

A la lectura de esta carta una mortal palidez cubrió el semblante del jóven lord: no era el duelo lo que le estremecía; jamás su alma habia conocido el miedo. Pero haber cedido á las amistosas instancias de Jorge; haber apareñado vacilacion; no haber contestado á la insolente carta de Fitz-Gerald en tono elevado, manifestándole que estaba dispuesto á encontrarle siempre y en donde quisiera ¡oh! era todo ello para William una idea cruel que despedazaba su corazon! Creiase deshonrado; ¡qué deshonra la que puede acarrear un miserable aventurero que solo merece el mas

profundo desprecio! y en su agitacion el desgraciado jóven quejábale del afan con que procuraba calmarle su sincero amigo Jorge, el cual en medio de sus excelentes cualidades, desgraciadamente no estaba del todo libre de la preocupacion funesta. Luego que Jorge consiguiera serenarle convinieron en que este le serviria de padrino en el lance, cargo que en cualquier otra circunstancia habria rechazado con horror el excelente jóven, pero que aceptó en esta ocasion con el mayor interés en la esperanza de que sus honrosos esfuerzos procurarian un buen desenlace á tan triste negocio. Se abocó al efecto con el capitan M' Creagh, el infame instigador de este duelo y padrino de Fitz-Gerald, y le habló de la celebridad que éste se habia creado, de la incontestable ventaja que tendria en combate tan desigual y de las desgracias que traeria semejante victoria; pero tan acertadas observaciones fueron escuchadas con desden, y pronto Jorge adquirió la triste conviccion de que el desafio tendria lugar. Restábele solo adoptar los preliminares: se acordó que el sitio del combate se fijaria en un campo situado en la mitad del camino que separaba el castillo de O'Connor de la residencia de Fitz-Gerald; que los dos contendores se encontrarían frente á frente á las cinco de la mañana, hora en que los primeros rayos de la aurora permitirían á los combatientes el verse con la fijeza suficiente, evitándose al propio tiempo todo peligro á Fitz-Gerald; porque era de temer que los paisanos, instruidos del suceso, no se alborotaran para tomar la defensa del noble lord que habian visto nacer y crecer en medio de ellos. Acordose por último que el desafio tendria lugar á pistola; á pesar de haber Jorge, conociendo la habilidad de Fitz-Gerald, querido resistirse á las exigencias del capitan que reclamaba en favor de su parte la eleccion de armas; pues de nada sirvieron objeciones tan justas ni una dificultad tan fundada que se apresuró á allanar William declarando que se batiria con pistola. Generosidad mal entendida inspirada por esa preocupacion que, como á otros muchos, arrastró al noble é inesperto jóven no ya al desafio, sino al inhumano sacrificio en que se gozarian tal vez con ironia cruel sus infames matadores!

Jorge despues de tan tristes preparativos queria dejar el castillo; pero William que temblaba á la idea de encontrarse solo con su madre y con su prometida en aquellos momentos criticos, y que temia con razon no poder dominar sus sentimientos, no permitió de modo alguno la separacion de su amigo. Entraron en el salon; lady O'Connor y Ana estaban sentadas junto á la chimenea; y el jóven O'Grady leia en voz alta una novela nueva, mientras aquellas bordaban una bolsa que se apresuraron á ocultar luego que entraron William y su amigo Jorge. Lady O'Connor se sonrió al ver á su hijo á quien sentara á su lado, y con bondadosa curiosidad le preguntó que era lo que al parecer le habia desconcertado, privándole de acompañarles á la hora de comer. A esta pregunta William se turbó: un calofrio se apoderó de sus miembros; y pudo creerse un instante que no podria guardarse el secreto; pero dando nuevo giro á la conversacion y reprimiendo su turbacion escusose, como pudo y llegó á engañar á su madre, mezclándose luego con estrepitosa broma en la conversacion general. El ojo menos avizor habria no obstante descubierto sin dificultad que algo de extraordinario pasaba al jóven lord: estaba sumamente colorado y una viveza mas que natural brillaba en sus ojos: era la excitacion de la fiebre. Cuando Ana y lady O'Connor quisieron retirarse, él las detuvo haciéndolas permanecer en el salon hasta mucho mas tarde de la hora en que aquella señora solia recogerse. Siendo ya muy de noche, Ana le hizo observar que su tia tenia que descansar, y entonces William no puso mas dificultades; levantose y ayudó á su madre á dejar el sillón en que estaba sentada, dándole un abrazo con la mayor ternura; cogió despues la mano de su prima, que besó con una efusion tal que con-

movió en extremo á la linda jóven, la cual fijando los ojos en su desposado, se detuvo un instante como si de repente un triste presentimiento hubiese venido á agitar su corazón. A pesar de ello en cumplimiento del deber se apresuró á seguir á su tía.

Al momento O'Connor instruyó en pocas palabras á su pariente O'Grady de lo que habia pasado; y al propio le suplicó que les acompañara al sitio del combate: proposición que aceptó O' Grady retirándose luego á su gabinete: Jorge se recogió tambien al suyo, pero en valde procuró conciliar el sueño: los pensamientos mas tristes asaltaban su espíritu; en la agitacion en que se hallaba, levantábase y se paseaba á grandes pasos por su cuarto, asomándose á la ventana de vez en cuando para ver si el fresco de la noche calmara un tanto su inquietud; pero el silencio que reinaba, y los espesos nubarrones que formaban un velo impenetrable y abrumaban su mente, daban todavía un tinte mas sombrío á sus pensamientos y aumentaban su sobresalto. Tumbóse en fin vestido en la cama, y dando rienda suelta á sus temores, esperó el instante en que debía juntarse con William.

Encontró á este medio dormido, apoyando en la mano su cabeza; dos bugias ardian sobre su mesa, en la que habia algunos papeles y cartas. Despertando William al ruido de la puerta, se levantó, y alargó la mano á Jorge, dándole las gracias con efusion por el servicio que este decia, le prestaba sirviéndole de padrino. « Mi pobre Jorge exclamó mirando á su amigo con el mayor interés, parece que estais mas afectado que yo mismo. No temais, yo saldré felizmente de este mal paso. Pero de todos modos, continuó observando la triste mirada de Jorge, ¿vos no quisiérais, no es verdad, que vuestro amigo quedara deshonrado? Pues bien, esto es lo que sucederia; no podria yo levantar la frente en ningun punto, porque conozco á Fitz-Gerald: él habrá dicho por todas partes que soy un infame, y antes prefiero morir cien veces que sufrir semejante afrenta.»

A estas palabras William mostró á su amigo dos cartas que tenia encima la mesa y le dijo: «De estas cartas la una es para mi querida madre, y la otra para Ana: espero que las consolareis, si muero, y las direis cuanto las amaba. ¡Oh! pobre madre mia, dejarte sola, sufriendo, en el mo-

mento en que mas habias menester de los desvelos y ternura de tu desgraciado hijo!..» Al pronunciar estas palabras, sus ojos quedaron arrasados en lagrimas, y el noble lord estrechó con fuerza la mano de su no menos conmovido amigo.

Oyose entonces un ligero ruido en la puerta, que fijó atentamente el oido de William y Jorge; pero habiendo cesado continuaron los tristes preparativos para el combate que pronto debia tener lugar: en breve sin embargo un suspiro entrecortado por profundos sollozos vino de nuevo á llamarles la atencion. Jorge entonces va á abrir la puerta para ver lo que era; y encuentra en el umbral á la hermosa Ana arrodillada; era ya sabedora del fatal misterio. Su amor, la impresion que recibiera la víspera al separarse de O'Connor, la habia revelado el peligro que corria. Perdido y fuera de sí, William la coge en sus brazos, y la llena de besos, mientras que Ana, pobre jóven, estrechaba en su seno con un candor y efusion indescriptibles al generoso jóven simbolo de una felicidad que se escapaba. «¡Oh! nos dice Jorge, recuerdo esta desgarradora escena como si la estuviera presenciando. Veo todavía la figura de esta niña tan bella, tan llena de angustia, sus ojos arrasados en lágrimas, su seno que agitaban profundos sollozos. «William, quedaos, quedaos, decia la desgraciada, os conjuro á ello en nombre de cuanto hay sagrado en el mundo. Es preciso partir, le contestaba William enternecido, el honor lo manda: yo no podria sufrir el veros, Ana, y moriria de verguenza, si sobrado debil, accedia á vuestros ruegos. Apartaos, vuestras angustias me abaten; y necesito toda mi fuerza.» En esto William se esforzaba por escapar de los brazos de Ana; pero de repente esta dá un terrible grito; sus labios se pusieron pálidos y un frio temblor se apoderó de su cuerpo. Era que O'Grady entraba en el cuarto con la caja que contenia las pistolas, é iba á avisar á William y á Jorge que habia llegado el momento de partir. A semejante espectáculo, cayó la jóven sin sentido; y despues de confiarla á los cuidados de un criado, partieron los tres jóvenes, cuyas equivocadas ideas en la materia no bastó á vencer el triste cuadro que acabamos de recorrer: tal es la tirania de la funesta preocupacion.

La niebla de la noche cubria de un espeso velo los tor-



reoncillos del castillo; la mañana estaba fría, y de vez en cuando los primeros rayos del sol derramaban una luz pálida que comunicaba cierto aire triste á la naturaleza. Siguiéron aquellos silenciosamente su camino; y estaban á la mitad de él, cuando O'Connor que sacaba á menudo su reloj con cierta ansiedad, propuso á Jorge y á O'Grady el encargar los caballos al criado que les seguía, y echar por un atajo por el que en pocos minutos llegarían al sitio designado. Echaron pié á tierra y entraron en el campo, pero allí una nueva escena les esperaba. Este fatal desafío, á pesar de haberse guardado el mayor secreto, era conocido de los habitantes de aquellos alrededores. Divulgado sin duda por los criados del castillo, había llegado á noticia de aquellas aldeas, y de todos puntos acudían paisanos armados de palos siguiendo la dirección de O'Connor y de los que le acompañaban: tal era el sincero interés con que aquellas sencillas gentes velaban por su joven señor. Distinguiase entre la multitud, dice Jorge, una mujer de alguna edad que llevaba una capa parda, la cual se esforzaba en apresurar el paso y marchaba delante de nosotros: al rumor de nuestra conversacion, volviéndose de repente y reconociendo á O'Connor corrió llorando á tomarle la mano. «¿A qué venis tan temprano por estos sitios, mi buena Sarah? le dijo William con dulzura.» La pobre anciana solo le contestó con una mirada, pero fué esta tan triste y tan elocuente, que era difícil equivocarse acerca del sentimiento interior que agitaba á aquella buena mujer. Sarah era la nodriza de O'Connor; y á este título como todas las mujeres de Irlanda, creíase la segunda madre del lord del castillo. Sabía como los paisanos de aquellos alrededores que su querido niño iba á batirse con el terrible Fitz-Gerald, y como los demás venía á tomar parte en su defensa. O'Connor quiso tranquilizarla; pero en vano: la anciana cuyas manos temblonas querían al principio retener su querido niño, emprendió otra vez con la mayor viveza su marcha sin pararse hasta llegar al sitio del combate.

Una multitud de paisanos y mujeres nos estaba aguardando, dice Jorge, y al momento de vernos un *hourrah* lanzado por mil voces, y repetidos gritos de «viva O'Connor: viva el lord del castillo,» saludaron nuestra llegada. Poco despues llegaron Fitz-Gerald y el capitán. Entonces aquellos buenos aldeanos se agitaron vivamente formando un baluarte de sus cuerpos al rededor de O'Connor, y prorumpieron en terribles amenazas contra su adversario; O'Connor reclamó el silencio y les dijo: «Amigos míos, os doy las gracias por el interés que por mí os tomáis; vuestras demostraciones son un testimonio, para mí harto lisonjero y que agradezco con toda mi alma, de la adhesión que me profesáis, y de cuanto podría esperar de vosotros si necesitara de vuestros servicios, pero aquí el adversario con quien tengo que batirme está bajo las leyes del honor, y soy responsable del daño que se le hiciera. Os pido que sea respetado.» Los paisanos sin embargo no pudieron menos de prorumpir de nuevo en amenazas y maldiciones á Fitz-Gerald, «¡muera el infame!... ¡el asesino vá á matarnos nuestro joven lord!... Tengan razon aquellas sencillas gentes: su buen sentido alcanzaba mas que aquel pretendido talento de otros que presumen de ilustrados.

O'Connor entonces tomó de nuevo la palabra y con un tono á que era imposible resistir, consiguió calmar aquella multitud, que se colocó no muy lejos de los combatientes, esperando silenciosamente el desenlace de aquel terrible drama. Fitz-Gerald se adelantó entonces hácia su generoso adversario, haciéndole un ligero saludo, como para darle las gracias de su generosidad, y le preguntó si podía descansar en la seguridad de su persona. «Os aseguro, le contestó O'Connor, que no se os hará daño alguno.»

En seguida Jorge se adelantó hácia el capitán para disponer los últimos preparativos. Pretendió éste que la distancia fuese fijada á nueve pasos; pero Jorge rechazó esta condicion, que la suerte sin embargo decidió contra

O'Connor. Tocó en cambio á este el tirar primero. Medidas las distancias, cada padrino entregó á su patrocinado una pistola cargada; y despues en medio de un profundo silencio, los contendores ocuparon sus respectivos sitios.

—¿Mr. O'Connor está dispuesto? preguntó el capitán.

—Está dispuesto, contestó Jorge.

—Pues: ¡fuego!

O'Connor hizo fuego; pero visto el modo de dirigir la pistola, no hubo persona entre aquella numerosa muchedumbre que no adivinara la intencion; y mil voces exclamaron al momento que había tirado al aire. Harto ciertas desgraciadamente eran aquellas voces, la generosidad había guiado el arma de O'Connor; pero esta noble conducta no produjo efecto alguno en el bárbaro capitán que observando que Fitz-Gerald, conmovido por el peligro que acababa de correr, estaba dispuesto á corresponder á la hidalga generosidad de su adversario, se apresuró á instigar á su patrocinado á que usara de su derecho; y volviéndose despues hácia un grupo de paisanos que se acercaban á los contendores para obstruir el paso, y poner término á aquella dolorosa escena, les amenazó con pistola en mano, de hacer saltar la tapa de los sesos al primero que se obstinara en impedir el combate. Estas amenazas no acobardaron sin embargo á los honrados aldeanos, que irritados por la insolencia del capitán, acaso hubieran acabado en un instante con este y con Fitz-Gerald, si O'Connor de nuevo no les hubiera impuesto su autoridad, restableciéndose con ello el orden.

Los contendores volvieron entonces á tomar su respectivo sitio.

«Confieso, nos dice Jorge, que sentí un terrible estremecimiento cuando O'Connor, inmóvil, en la actitud mas calmada, y fija la vista, me avisó que diera la señal.» Capitán M'Creagh, ¿M. Fitz Gerald se halla dispuesto?

—Sí.

En el mismo instante el desgraciado O'Connor lanzó un grito desgarrador y cayó bañado en su sangre. La bala de su adversario le había traspasado el corazón. Aquella escena no puede describirse: los matadores huyeron á escape perseguidos por los paisanos, mientras que O'Grady y Jorge levantaron á O'Connor y sosteniéndole en brazos buscaban con afán la mortal herida.

Jorge, mi pobre Jorge, exclamó el malogrado joven, yo muero.... Es menester advertir á Ana, á mi madre.... Decirles cuanto.... Quiero verlas, quiero abrazarlas..... Me abraso, dadme agua.... Es imposible formarse una idea de los gritos de dolor de la anciana Sarah que estrechaba con frenesí el cuerpo de quien había nutrido y criado con su leche.» No es dado, dice Jorge, describir el dolor de aquella segunda madre que, prevenida por Ana, había acudido presurosa al lugar en que debía batirse su hijo. Lo confieso; he visto despues de aquel triste día un gran número de moribundos, y he presenciado un campo de batalla sembrado de cadáveres, pero jamás mi corazón ha experimentado las vivas sensaciones de aquel instante fatal; imposible me era fijar la vista en mi desgraciado amigo, había en sus ojos un no sé qué de tierno y suplicante que partía el corazón. Conducido al castillo, parece que solo vivió unos instantes para que su anciana y tierna madre gustase el cruel instante de ver espirar á su hijo. Al verla, como si se reanimara un tanto, O'Connor hizo un esfuerzo para abrazarla, pero le faltaron las fuerzas, y al cabo de algunos segundos se apagó del todo aquella noble é interesante existencia.....

Tal fué el trágico fin del último vástago de los O'Connor. Despues de aquella jornada fatal Jorge había cesado de visitar el castillo, cuando al cabo de seis meses encontrándose en los alrededores no pudo prescindir de dirigirse á la avenida que conducía á la puerta principal. Los árboles ostentaban el verdor y lozanía de la estación y la brisa inclinaba alegremente sus ramas bañadas de un fresco rocío; pero los patios del castillo estaban desiertos; los

perros de caza que por allí antes hormigueaban habían abandonado sus cadenas, y llegó hasta el vestibulo sin encontrar una persona. La vista de aquellos sitios antes tan animados que despertaban tan crueles recuerdos no pudieron menos de conmovér á Jorge, el cual iba á retirarse cuando la anciana nodriza de O'Connor salió del salon en que pasaron la última noche los dos amigos. La buena Sarah contestando á Jorge que deseaba saber el estado de la familia, le dijo que la madre de O'Connor no había salido del gabinete desde el día que había perdido á su hijo, y que la hermosa é inocente Ana fué á juntarse con su amante en la tumba al cabo de algunos dias.

¿Cuántos casos pudieran añadirse al del desgraciado cuanto noble O'Connor en que cortándose en flor la existencia de distinguidos jóvenes, muchas familias han sido presa de la desesperacion y del estrago que acabaron con la del jóven lord de Irlanda? ¿Seria preciso remontarnos á dias muy lejanos para citar otras desgraciadas victimas de esta plaga funesta? ¡Ah! el alma gime bajo una horrible congoja y se estremece al considerar la causa del infortunio de la ilustre familia de O'Connor y de otras tantas victimas sacrificadas en aras de la mas ab-

surda de las preocupaciones por manos acaso de miserables pendencieros como los matadores de O'Connor. La opinion ó parte de ella puede dispensar mayor ó menor indulgencia á los duelistas: los gobiernos y las sociedades filantrópicas pueden trabajar por la estincion de la bárbara costumbre; pero los tribunales que se denominan y deben serlo de justicia ¿pueden entretanto permanecer impasible señaladamente en lances como el que acabamos de describir? ¿La moralidad y las leyes, los sentimientos de justicia, el interés de la humanidad deben subordinarse á las mayores ó menores exigencias, á los caprichos, á los extravíos de lo que se llama opinion? Esta es en algunas ocasiones tan fanática y orgullosa á la vez que ni perdona la sencilla emision de estas doctrinas aun cuando consultando el buen sentido no puede menos de acatarlas, traduciendo por debilidad del alma lo que muchas veces es la inspiracion del enérgico sentimiento de justicia. Semejante obstáculo nunca debe sin embargo retraer al escritor de consignar el fruto de sus convicciones.

JOAQUIN MARIA DE PAZ.

TRAGES ESTRANEROS.



(Trages escoceses en 1745, época de la última tentativa del Pretendiente.)